

hugo ramos gambier

Las brujas de Garhué

y otros cuentos de la abuela



textosintrusos

Lectulandia

La Brujas de Carhué

Y otros cuentos de la abuela

Hugo A Ramos Gambier



Dicen que las mejores historias de un escritor están en la infancia, que sólo hay que ir a buscarlas. Y al leer estas páginas queda muy claro que cuando de la infancia se rescatan leyendas contadas por una abuela la combinación no falla. Para narrar los cuentos de *Las brujas de Coria*, Hugo Ramos Gambier ha hecho sucesivas incursiones, reales o no, a esa ciudad de donde trajo mil vivencias de la niñez. Seleccionó las mejores, las revisió de literatura, y ahora las edita en este volumen. Recomiendo perderse persiguiendo duendes, internarse en la maraña de "La vieja vizcacha", descubrir hasta dónde llega la maldición en "La leyenda del Kukai". Porque un buen cuento de brujas atrapa a lectores de cualquier edad.

Claudia Cortalezzi

Ramos Gambier, Hugo

Las brujas de Carhué y otros cuentos de la abuela

180 p. ; 20 x 14 cm

@hugoaramosgambier

hugoaramosgambier@gmail.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informatico, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio mecánico, fotocopia u otros medios sin previo permiso del editor.

Ala memoria de Rosa,

Mi abuela

Agradecimientos:

A Rosana, mi mujer,

Ariel y Luciana, mis hijos.

Quienes me alentaron en todo momento.

Prologo:

Fácil.

Primero, imagínense un lugar sobre la faz e este planeta que es el centro de la magia de todo el universo.

Ese lugar tenía una laguna con vida propia que se llama Epecuén.

Dicen los que la conocieron que sus aguas fueron llenadas por... ¡ah! No, eso no me corresponde a mí contarla.

En su margen este-sudeste, está el pueblo mágico de Carhué, hace muchos años hasta allí llegaba el tren, y sus pobladores, obviamente, también mágicos. ¡Bah!, parecían seres humanos normales como cualquier comisario de pueblo, parroquiano de bar, o el habitual ermitaño de cualquier lugar. Pero cualquier extranjero (no mágico) podría percibir la magia a kilómetros de distancia.

Y por supuesto, el pueblo tenía, como cualquier pueblo normal, niños. Y donde hay niños, muy cerca hay una abuela, ¿no?

Bueno, lo más importante de todo esto es que, por más que todo lo que vamos a leer sea mágico, no deja de ser absolutamente cierto e histórico.

Carhué fue sepultada bajo el agua el 10 de noviembre de 1985, vaya uno a saber por qué conjuro o hechizo. Pero antes de que eso ocurriera y dejara a Carhué en un limbo mitad fantasma y mitad de carne y hueso, sus historias fueron rescatadas de las garras del olvido y recopiladas en la mente de uno de esos intrépidos niños que habitaron ese lugar y que, adicionalmente resultó ser el nieto preferido de una abuela de Carhué, la más mágica y famosa de todas.

A esta altura el lector se preguntará si todo esto es exageración o fantasía ¡No! ¡Se los puedo asegurar!

Yo personalmente tengo el privilegio de conocer a ese niño, soy su amigo, y él mismo fue testigo y es hoy la prueba viviente de todo lo que van a leer.

Gustavo García Favre.

Las brujas de Carhué

Y otros cuentos de la abuela

hugo ramos gambier



Los cuentos de la abuela

Los cuentos de la abuela

Llegué al cementerio de Carhué después de manejar nueve horas. Desde la ruta, vine directamente, no podía esperar.

En la entrada compré unas flores para mi abuela, y entré en busca de su lápida.

Ahora, ya en el camino de piedras rojas que recorre el cementerio, me cruzo con una pareja de mediana edad, que marcha lentamente hacia la salida. El hombre se desplaza con muletas, y la señora "debe de tener algún problema de cadera", me digo al verla caminar.

Recuerdo la última vez que vi a mi abuela, yo tenía diecinueve años. Hasta ese entonces pasaba todos los veranos en Carhué. En ese viejo caserón que mi abuelo construyó con sus propias manos: con ladrillos de adobe, techo de chapa y una extensa galería donde jugaba con mis primos. Como en una película en blanco y negro, se proyectan en mi mente borrosas escenas entrecortadas, pequeños fragmentos editados de una niñez feliz y lejana; me veo junto a ellos corriendo por ahí.

En Carhué pasé momentos inolvidables; veranos llenos de fútbol, de manchas y escondidas con mis primos y amigos del campo, de las tardes sin siestas, en la laguna. Y el recóndito recuerdo de un amor adolescente, tallado en un viejo banco de madera en la estación de Epecuén, sumergido en la inundación del '85.

No sé por qué dejé de venir a Carhué. La vida va creando nuevos caminos y uno los transita, cuando te das cuenta, estás perdido en una maraña de autopistas y no sabés para donde tenés que agarrar. Qué sé yo, la cuestión es, que no vine más... hasta hoy.

No fue difícil encontrar la tumba de la abuela: mis primos hicieron un gran trabajo —me lo habían advertido—. En una vitrina construida especialmente sobre la tumba, distingui la gran pava de los cuentos.

Como si fuese ayer, evoco aquellas noches, después de cenar. Porque después de cenar venía lo mejor, el clásico de los veranos: los cuentos de la abuela.

Con mis primos nos sentábamos en el piso de madera frente a ella, que ocupaba su sillón favorito. Majestuosa, junto al fuego —en verano, el hogar a leña se encendía por las noches—. Se apagaban todas las luces... el hogar proporcionaba la atmósfera ideal, y el fuego inquietante de la leña, proyectaba con movimiento ondulante nuestras sombras, sobre la pared de la cocina.

No conocí a nadie que contara cuentos como mi abuela: el tono preciso, la justa pausa para el suspenso, el cambio inesperado de la voz, los gestos con las manos y la mirada encendida. Era simplemente maravillosa. No había libro, película o programa de televisión que se le comparara. De su boca salían historias que erizaban la piel y ponían los pelos de punta. La luz mala, el lobizón, el gaucho sin cabeza, el fantasma

del viejo Jiménez y cientos de personajes. La imaginación inagotable de la abuela los soltaba entre las cuatro paredes de la escalofriante cocina. Al mismo tiempo, nos cebaba unos mates bien camperos con la vieja y enorme pava negra, quemada por el fuego del hogar.

Dejo las flores sobre su tumba y, arrodillado frente a ella, me largo a llorar como una criatura.

Me interrumpe un nene de unos ocho o nueve años, que juega con un volcador Duravit imitando con la boca el ruido del motor. Juega en la tumba de al lado.

Ya no se fabrican juguetes como esos. Yo solía jugar en la casa de la abuela con un camión igualito a ese, de color rojo, como el del nene.

Está solo. Me llama poderosamente la atención.

Me pongo de pie. Seco mis lágrimas con la manga de la camisa.

—¡Hola! —le digo al descolorido pibe—. ¿Cómo te llamás? ¿Estás solo? ¿Y tus padres?

—Me llamo Joaquín. —Me incomoda un poco que conteste sin mirarme, sin apartar la vista de su juego—. Mis padres volvieron a la entrada, se olvidaron de comprar las flores para mi hermano. ¿Viniste a ver a la abuela, vos?

Me sorprende con la pregunta. Se ve que viene seguido a ver al hermano, pienso.

—Así es, amiguito. Era una abuela muy especial, mi abuela. Nos contaba fabulosos cuentos a mis primos y a mí.

Y me descubro entusiasmado al recordarla.

El nene detiene el camión y levanta la mirada.

—¡Ah...! Entonces vos sos el Huguito, el nieto de Buenos Aires.

Me perturba su mirada vacía, sin brillo. Y me sentí palidecer, igual que la lapida de mi abuela.

El nene volvió al juego, sin dejar de hablar.

—A tus primos ya los conozco, vienen siempre.

—¿Así que conoces a mis primos? En un rato nos encontramos, hace mucho que no los veo.

—Sí, los conozco a todos, vienen seguido. No tanto como mis papás, que andan por acá todos los días. Pero, ellos vienen seguido. Tus primos siempre se acuerdan de vos. La abuela también te recuerda, sos su preferido.

¿Qué dice ese chico? ¿Que la abuela qué?

—No te entiendo —dije.

—A mis amigos, a mi hermano y a mí, también nos cuenta *fabulosas* historias.

Azorado, miro al pibe, que ya tiene el camión lleno de piedritas rojas.

Me doy vuelta por un ruido detrás de mí: la pareja que me crucé a la entrada del cementerio viene hacia nosotros.

¡Claro!, me digo. Son los padres de Joaquín, traen las flores para su hermanito.

—¡Ahí vienen tus padres! —digo—. ¿Son ellos, no?

Cuando me doy vuelta a mirar, el nene y el camioncito ya no estaban.

Después de mí última visita a Carhué —y de eso hacía ya muchos años—, la abuela decidió ir a verme a Buenos Aires. Tomó un micro de larga distancia por la noche, quería darme una sorpresa. Y vaya qué sorpresa: bien temprano a esa misma mañana, nos llamó la tía Marta para contarnos lo del accidente.

Aquella vez no pude venir, no quise, preferí recordarla como siempre. Recordarla acá, en Carhué, esperando para contarnos a mis primos y a mí otro de sus increíbles cuentos.

Decidí venir hoy, treinta años después. Se lo debía... también me lo debía a mí.

—¿Vino a ver a la abuela? —dijo el padre de Joaquín al verme.

—Sí, llegué hace un rato de Buenos Aires.

—¡Ah!, entonces usted debe de ser el Huguito.

A esta altura, lo miro curado de espanto.

—Sí, señor. Vine directo desde la ruta.

—Ha de estar usted muy cansado con tan largo viaje.

—Ella lo vale —digo.

La mujer acomoda las flores en la tumba de su hijo. Y el hombre, apoyado en la tumba de al lado, comienza a relatar:

—Fue un terrible accidente, ¿sabe? Nosotros viajábamos en ese mismo micro, en el que iba su abuela. En la parte de adelante con mi señora y los chicos. —Al hombre se le quiebra la voz.

—Su abuela viajaba atrás, prácticamente sola. Iba poca gente. Además de nosotros, otro par de matrimonios con sus hijos. Nos llamó la atención que la abuela llevara un avejentado camioncito de juguete en la falda. Uno de esos Duravit, que ya no se fabrican, ¿vio?

Yo no puedo emitir sonido alguno, me limito escuchar.

—Joaquín —sigue el hombre—, uno de mis mellizos, se acercó a la abuela porque le interesó el camión. Ella era muy amable, y se lo prestó nomás. Luego se sumó el Matías, mi otro hijo. Y los dos jugaron en el pasillo del micro con el camioncito.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Pero no dejo de prestar atención.

—La abuela les preguntó sí querían escuchar un cuento, y se sentaron junto a ella. Los demás chicos del micro también.

El hombre se aparta de la tumba. En ella, leo el nombre de Joaquín.

—Los chicos escuchaban las historias de la abuela —contaba el baqueano. Y yo, no podía creer lo que el hombre me estaba relatando—, se habían quedado muy quietitos, asombrados con los cuentos.

»Esa noche se había desatado una tormenta de tierra que no dejaba ver nada más allá de las ventanillas. Las barreras estaban levantadas y las señales del ferrocarril no funcionaban. El silbato del tren se mezcló con el sonido del viento. El micro alcanzó a cruzar la parte delantera, la de atrás quedó destrozada por el tren —el hombre hizo un silencio—. Mis dos hijos, otros cuatro chicos y la abuela murieron en el acto.

Lo veo abrazar a su señora y, con la otra mano, acariciar la tumba de Joaquín.

—El pueblo entero estuvo presente en el velatorio, ¿sabe? Los sepultamos a todos juntos, por eso la distribución. Acá está su abuela, y estas —dice señalando otras seis

tumbas— son las de los chicos que iban escuchando sus cuentos.

Me alejo unos pasos para ver: las otras seis tumbas están distribuidas formando de semicírculo frente a ella, como escuchándola.

—¡Mire qué distraídos estamos, mi amigo! —me dice el paisano—, que tuvimos que volver a la entrada a comprar flores para el Matías. No hay un solo día en que mi señora y yo dejemos de venir.

No puedo decir nada, tengo un nudo en la garganta. El padre de los chicos me toma por el hombro, y juntos con su señora nos vamos alejando lentamente.

A pocos metros, me doy vuelta y descubro que Joaquín juega con mi camión. No parece el mismo pibe de hace un rato. Ahora se lo ve rozagante y feliz. Me saluda con la mano.

Está sentado al lado de otros cinco chicos, frente a la tumba de mi abuela y a la gran pava. Expectantes... esperan escuchar el próximo cuento.



La leyenda del Kukai

La leyenda del Kukai

“La deforme figura de una silueta alada se recorta en la luna llena y misteriosa.

En el etéreo cielo de Carhué, un horrendo grito estraga la apacible noche pueblerina... Es el Kukai”

Leyenda aborigen.

La abuela tenía cuentos para todo tipo de ocasiones. Una noche en Carhué, cuando nos fuimos a dormir, mi hermana no dejaba de molestarme. Nos tirábamos con lo que teníamos a mano: ropa, zapatillas y almohadas volaron por el dormitorio.

Fue entonces que la abuela irrumpió en la habitación.

Nos miró, se sentó al pie de las camas, y nos dijo que nos contaría un cuento si dejábamos de pelear.

Por supuesto dijimos que sí. La abuela observó la luna llena, que parecía colgada de la ventana, pensó un momento, y luego nos dijo:

—Ya sé qué les voy a contar esta noche: la leyenda del Kukai.

Y nosotros, callados bien calladitos, paramos nuestras orejas sabiendo que ni respiraríamos hasta oír la palabra fin.

Cuenta una antigua leyenda de campo que antes, mucho tiempo antes de que se formara el lago Epecuén, existió ahí un frondoso bosque de enormes y añejos eucaliptos, exóticas plantas y flores silvestres. Lo habitaba una antigua población aborigen, la originaria, la primera de todas las etnias. Que luego derivó en varios pueblos tras su escabrosa desaparición.

La historia habla de una pareja de hermanos. Eran mellizos, hijos del cacique Newén y de su esposa Ñawí, quien dio a luz un varón, Carhué; y a una hermosa niña, Epecuén.

Los pequeños herederos crecían felices en el bosque, el uno para el otro. Con el correr de los años se convirtieron en fuertes y hermosos jóvenes.

Las chicas de la aldea miraban con buenos ojos al futuro cacique Carhué. Y los muchachos no podían resistirse ante la belleza de Epecuén.

Llegó el tiempo en que Carhué debía elegir esposa. Su hermana, celosa de él, no dejaba que se le acercase ninguna de las jóvenes aldeanas. Estaba enamorada de su hermano y lo quería solo para ella. Ella era su princesa, ninguna otra mujer. Lo vigilaba día y noche.

Pero, una de esas noches, Carhué se alejó de la choza sin hacer ruido. Y corrió a internarse en el bosque con una preciosa chica que le gustaba.

Epecuén, muy astuta, los siguió sin que se dieran cuenta. Maldijo a su hermano y a la joven aborigen cuando los vio besándose junto a un árbol.

Ese día, a Epecuén se le quebró el espíritu, pero se cuidó muy bien de no

demostrarlo.

Cuando el cacique Newén anunció la boda de su hijo, Epecuén tenía preparado su plan.

El casamiento se realizó con una grandiosa fiesta según las costumbres, como correspondía al futuro soberano de la aldea. Se sirvieron las mejores comidas, hubo bailes en honor a la pareja. Y el hechicero de la aldea los bendijo con rituales ancestrales.

Epecuén se ofreció a preparar la bebida especial para el brindis de los novios.

Todo salió perfecto.

Cuando la fiesta acabó, los novios se retiraron a pasar la noche de bodas.

A la mañana siguiente, el grito de Carhué estremeció al bosque entero. Su esposa había muerto envenenada.

Aunque no podía comprobarlo, sospechó de la bebida que preparó su hermana. Y, al verle la cara de alegría, confirmó la traición de Epecuén.

Herido de amor, Carhué elaboró un lento y callado plan de venganza: conversó con el hechicero y, desde ese día cada tarde, traía del bosque una flor para su hermana. Epecuén, estaba convencida de haberlo recuperado.

El brujo le había hablado de una bella flor, la más bella flor que jamás se haya visto. Se encontraba en la cima de un extraño árbol, a un par de horas internándose en el bosque.

Recordó la advertencia del brujo:

—La flor es muy bella, y más bella cuando se abre. Esto solo sucede cuando hay luna llena. Pero, cuidado: su perfume es tan exquisito como peligroso. Quien se embriague con su esencia quedará al desnudo. Será descubierta su verdadera personalidad, brotarán sus verdaderos sentimientos y se convertirá en lo que realmente es.

Una tarde, Carhué regresó del bosque con las manos vacías.

—¿Y mi flor? —le reprochó su hermana.

—Quise traerte la flor más bella pero no pude, está en la cima de un árbol, el más alto del bosque. No la puedo alcanzar. Tenés que venir y ayudarme.

Se internaron en la frondosidad, y caminaron un par de horas entre la maleza y alimañas del bosque. Sombras y rayos de luz se filtraban por las copas de los árboles. Siempre acompañados por el aroma de los eucaliptos.

Al llegar a un pequeño claro se encontraron con el exótico árbol. El más alto del bosque, perfecto y derecho como una línea recta hacia el cielo.

—Vení, subamos —dijo él.

—Pero... es muy alto, nos podemos caer —contestó ella con temor.

—¡Dale! ¿O tenés miedo? Allá arriba está tu flor. La más bella del bosque. La más bella, como vos.

Y le descubrió a su hermana un rubor en las mejillas.

—Vamos —insistió—. Yo voy atrás tuyo, cuidando que no te caigas.

Epecuén respiró hondo y comenzó a trepar el árbol. Carhué la siguió, alentándola. Al alcanzar la cima, vieron la bella flor que coronaba al gigante. Estaba más allá de la última rama, y no se la podía alcanzar.

—Ahora subite en mis hombros para llegar a la flor —dijo él.

Su hermana le hizo caso, se trepó a los hombros de Carhué, y alcanzó lo más alto: la flor.

Quedó paralizada ante tanta belleza. Ni se dio cuenta de que el hermano emprendía el descenso.

El muchacho iba cortando todas las ramas a su paso, con la fuerza bruta de un animal.

Y al llegar al suelo, se dobló sobre su lomo y salió corriendo en cuatro patas, perdiéndose en el bosque.

Epecuén lloró toda la tarde. No logró bajar de aquel árbol. De sus ojos brotaban cataratas que inundaban el bosque.

El alud arrasó con árboles, animales, lo que encontró a su paso. También con la aldea y su gente. Algunos aborígenes, los que pudieron escapar de la catástrofe, se dispersaron por los cuatro puntos cardinales y fundaron nuevos pueblos.

Cuando Epecuén dejó de llorar, el bosque había desaparecido, y en su lugar había un lago. El que hoy lleva su nombre. El exótico árbol permanecía en pie, su copa sobresalía en medio del espejo de agua. Ahí, la princesa estaba sola, ella y la flor.

Al caer la tarde, la sorprendió el miedo. En cuestión de minutos el terror la abrazó al igual que la noche. Noche de luna llena.

La flor abrió uno de sus pétalos y otro y otro, soltando su perfume.

La luna iluminó a Epecuén y la reflejó en el lago.

La princesa se sintió extraña, y decidió contemplarse en el agua.

Lanzó un grito de terror, que retorció los rasgos de su cara. Sus delicados pies se convertían en filosas garras, sus brazos en horribles alas y su cuerpo todo se atiborró de plumas.

Desde entonces, cada verano, cuando hay luna llena, un aterrador pájaro sobrevuela en la noche. Con un desgarrado grito de ¡Kukai, Kukai!

—Kukai —dijo la abuela—, en lengua aborigen quiere decir hermano.

La abuela terminó el cuento, nos dio un beso de buenas noches a cada uno, y se fue a dormir. No sin antes correr las cortinas para que la luz de la luna llena entrara por la ventana.

—Kukai —murmuró mi hermanita entre las sábanas—. Lindo nombre Kukai. Te voy a decir Kukai.

—Bueno —le dije.



Gracias por el fuego

Gracias por el fuego

Muchas veces, la abuela descargaba toda su bronca en los cuentos. Durante el día iba recolectando enemigos —el carnicero, el verdulero, el almacenero—, a los que asesinaría irremediablemente esa misma noche. Hasta alguna de sus amigas podían caer víctimas de su bronca. Incluso, podía matarlos en serie.

Nosotros, con mis primos, nos dábamos cuenta de que se venía una noche de *aquellas* cuando la abuela llegaba muy enojada de la calle. Seguro que había regateado los precios, o discutido con algunas de las vecinas.

Pero ese día llegó del mercado, que se la llevaba el demonio.

—¡Ojalá que lo parta un rayo! —dijo—. ¡Que lo pase por encima un tren y se pudra en el infierno!

Dejó las bolsas a un costado, en el suelo, y se dirigió a su laboratorio de ideas: la cocina.

Se dedicó a las tareas de la casa —costura, fregar los bronces, regar las plantas— en silencio. Mientras sus manos hacían los quehaceres de manera automática, adentro de su cabeza se estaba gestando alguna de sus obras macabras.

Su rostro se ponía frío y calculador, y la mirada se le perdía en el vacío. La delataban los gestos: era un proceso interior, que masticaba poco a poco. Y las ideas surgían paulatinamente. De pronto se detenía, como si representara una escena en el aire. Sonreía satisfecha y continuaba con la rutina.

Con mis primos, calladitos, seguíamos sus movimientos. ¡No era cosa de perturbar a la abuela!

Por la tardecita enfiló para el gallinero, agarró un pollo y le retorció el cogote hasta matarlo. Le cortó la cabeza con un hacha, y lo dejó en el medio del patio, desangrándose en un fuenteón con agua hirviendo. Después lo desplumó y lo llevó para la cocina. Lo apoyó en la mesada sobre una tabla y empezó a descuartizarlo.

Nuestros ojos acompañaban el movimiento del brazo de la abuela. La cuchilla subía y bajaba, subía y bajaba una y otra vez, atravesando la carne y los huesos de la desplumada ave, golpeando en la tabla de madera. En el tacho de basura quedaron la cabeza, las tripas, las patas y las plumas. En la mesada, el resto del cuerpo reducido en unos cuantos pedazos, que fueron a parar a la cacerola.

A medida que pasaban las horas, el plan iba tomando forma. Y, cuando llegó la noche, el plan ya era perfecto: estaba listo. El pollo también. Y la abuela recuperó el habla:

—¡A comeer! —nos llamó con un grito.

Colocó la enorme olla en el medio de la mesa, y nos fue sirviendo el riquísimo pollo con papas a la cacerola.

—Después tengo un gran cuento para contarles —nos dijo.

Cuando terminamos de cenar, fuimos todos al lado de la chimenea a escuchar el

recién-inventado cuento de la abuela. ¡Se iba a descargar con todo! Se le notaba en la cara de niña mala, en el vidrioso brillo de los ojos verdes y en la imperceptible mueca de su sonrisa.

Esa noche iba a morir mucha gente. Y la filosa boca de mi abuela..., el arma homicida.

De postre nos regaló la siguiente historia:

—“Era horrible, monstruoso, salió de la laguna y desplegó sus repugnantes alas. La cabeza parecía la de un lagarto, pero con las orejas de un duende. Sus ojos eran dos carbones encendidos. Alto, media más de tres metros, y tenía brazos pequeños, como los de un canguro. Sus enormes piernas terminaban en garras de un águila, y la gruesa cola acababa en una punta de lanza”. Esas fueron las últimas palabras del carnicero, Eusebio Gómez, cuando lo encontraron agonizante en la orilla del lago Epecuén. Estaba irreconocible, lleno de graves quemaduras en todo el cuerpo, las que le provocaron la muerte.

»La noticia se desparramó por el pueblo, a la misma velocidad que el viento de abril desparramó las hojas secas y amarillentas de los árboles; aquel otoño de 1967.

»Como no se pudo determinar la verdadera causa de la muerte del pobre carnicero, la gente se dedicó a inventar historias. Algunos dijeron que había un dragón en el lago; otros, que se hizo presente el mismísimo diablo. Y hasta se llegó a decir que un cliente disconforme con los precios, lo roció con nafta y le prendió fuego. Pero, fuera como fuera, todo el pueblo quedó aterrorizado.

»Una semana más tarde, apareció el cadáver del taita López en las mismas condiciones. A solo cincuenta metros del primero. Días después, otro cadáver y otro y varios más.

»El último cadáver que se encontró, fue el de Lisandro Torres. Este, estaba totalmente carbonizado, increíblemente permanecía de pie, como soldado al piso por el fuego. Y tenía un brazo extendido apuntando al lago. Lo reconocieron, porque llevaba puesto el anillo de casamiento, apenas chamuscado.

»La gente del pueblo estaba muy asustada. Y las autoridades del municipio y la policía cercaron y prohibieron el ingreso al predio del lago.

»Dicen que curiosidad mata al hombre. Yo —dijo la abuela, enfatizando el Yo—, además de curiosa, tenía mi propia versión de los hechos: todos los muertos habían sido deshonestos comerciantes.

»Me fui hasta el lago cuando caía la tarde, quería ver bien al bicho ese.

»Llegué cuando el sol parecía ahogarse en la laguna. Me acerqué a la orilla y me quedé un rato esperando. Estuve parada como dos horas. Ya estaba por volverme a casa, cuando el agua del lago comenzó a burbujejar. Se formó un círculo que parecía una olla de agua hirviendo. Y... y una horrible cabeza emergió de entre las burbujas.

»Permanecí inmutable, esperando.

»Cuando la bestia emergió completa, imaginé el miedo de los que la habían visto antes de morir.

»El bicho me miró a los ojos, dio unos pasos, y quedamos frente a frente. Nos observamos por un rato. El dragón abrió la boca y emitió un seco y horrible ruido,

parecía hablarme. Sin apartar la mirada, le hablé. ¡No podía creerlo: yo hablándole a un dragón!

»—Ya no hay más —le dije—. Los comerciantes que quedan aprendieron la lección. Podés irte tranquilo.

»Aquella bestia pareció entenderme. Desplegó sus alas y se elevó al cielo. Se detuvo en el aire por un momento, y me miró. Se despidió con otro espantoso grito. Y se alejó del pueblo para siempre.

»Yo solo alcancé a decirle... “Gracias por el fuego”.

Cuando la abuela terminó, mis primos y yo quedamos con los pelos de punta. No sabíamos si lo que acabábamos de escuchar había sido un cuento o sucedió de verdad.

En cambio, la abuela se relajó en el sillón y encendió la pipa. Luego echó una bocanada de humo, y se quedó mirando el fuego del hogar a leña.



La vieja vizcacha

La Vieja Vizcacha

El sol nos acompañó y alentó en un informal picadito de fútbol con mis primos, en casa de la abuela, durante toda la tarde. Luego, fue cayendo detrás del maizal, lentamente. Alargaba las sombras y nos regalaba el momento propicio para jugar a las escondidas.

—¿Quién cuenta? —dijo Carlitos.

—¡Piedra, papel o tijera! —gritó Sonia. Y, como siempre, perdieron: contaban las chicas.

Enseguida, Carlitos y yo corrímos a escondernos en el fondo.

Con mi primo, siempre creímos que el terreno de la abuela terminaba en el alambrado del fondo, cubierto por una espesa enredadera trepadora que no dejaba ver nada más allá.

Fue toda una sorpresa descubrir aquella puerta de alambre, camuflada entre tanta maraña de hojas. Pero lo más sorprendente estaba del otro lado.

Cuando cruzamos, quedamos frente a una pequeña casa. Una casita caída en el abandono. La enredadera revestía el patio como una alfombra, parecía un monstruo de hojas verdes que ya había trepado buena parte de la vivienda y se la iba tragando.

Caminamos sobre las hojas hasta la puerta. La abrimos y distinguimos un bullo sobre una silla en el centro de la cocina. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad nos dimos cuenta: era una vieja. Sentada, en silencio, totalmente a oscuras. Iluminada a medias por la escasa luz que ingresaba con nosotros. El pestilente olor a encierro y a viejo impregnó nuestras curiosas narices.

De lo flaca, parecía un cadáver, un espectro en la penumbra. Su piel transparente era como una hoja de calcar. Me imaginé que podría marcarle los huesos con un lápiz.

El pelo blanco y desprolijo era tan largo que se desparramaba por el suelo. Aunque una fea cicatriz le cruzaba de lado a lado una mejilla, lo que más nos impactó fueron sus ojos: dos translúcidas esferas flotando en la cavidad craneana.

—¡¿Quién anda ahí?! —preguntó la vieja con voz cascada—. ¿Quién perturba la soledad de esta ciega anciana?

—Somos... somos los nietos de doña Rosa —contesté como pude, entrecortado por el susto. Y a la vez fascinado por el aspecto de aquella mujer.

—¡Aaah! Los hermosos nietos de Rosa.

—¿Y cómo sabe usted que somos hermosos? —dijo mi primo—. ¿Cómo sabe, si no puede vernos?

La Vieja lanzó una siniestra carcajada:

—Porque conozco a tu abuela, y a tus padres —dijo, con la cabeza erguida, como mirando al frente—. Ustedes no pueden ser menos.

—¿Y usted quién es? La abuela nunca nos habló de usted ni de esta casa.

—Mi nombre es Nazarena, pero pueden decirme Vizcacha. Así me llama la gente: Vieja Vizcacha me dicen todos.

—¿Porque está escondida en esta madriguera como una vizcacha?

La vieja sonrió ante la pregunta de Carlitos, dejando ver su único diente.

—¡No está mal lo que decís vos! —dijo—. Pero me llaman Vizcacha porque antes de tener la desgracia de quedar ciega, tuve la desgracia de quedar bizca.

—¿Y no tiene miedo de estar ciega? —pregunté yo.

Lanzó otra carcajada, y nos asustamos.

—Vengan, chicos, acérquense un poquito. No tengan miedo de esta pobre vieja. Déjenme que les toque la cara.

Carlitos me miró y levantó los hombros. Yo le hice señas con la cabeza para acercarnos.

De cerca, la Vieja daba mucho más miedo: se realzaban los detalles.

Con gran esfuerzo, la dejé pasear sus manos descarnadas por mi cara. Hizo lo mismo con mi primo.

—¡Aaah! —repitió, con otra leve sonrisa—. Yo tenía razón, son los chicos más hermosos que mis manos hayan visto.

Luego me acarició las palmas, los dedos. Estaba fría, helada. Y me dijo:

—¿Me preguntás si tengo miedo? ¿Miedo, yo? Tal vez de ver el mundo como es hoy tendría miedo. Mis ojos ya vieron todo lo que tenían que ver allí afuera; ahora miran hacia adentro. Lo tengo todo grabado aquí. —Se tocó la sien—. Tengo muchas imágenes que de joven no les presté la debida atención. Y ahora las disfruto y las recorro detalladamente como a una obra de arte, a cada una de ellas.

—Entonces..., usted ve más o menos como cuando soñamos —le dije.

—¡Claro! Algo así. A ver, hagamos una prueba. Cierren los ojos y piensen que están frente a la puerta de calle de la abuela.

Con Carlitos cerramos los ojos.

—¿Ven la casa? ¿Los rosales a la entrada hacia los costados? ¿Los colores, los ven? Sientan el viento acariciarles la piel, escuchen el rugir del ferrocarril trabajando a sus espaldas. ¿Lo ven? ¿Lo sienten? ¿Lo escuchan?

Esas palabras oprimieron una tecla mágica, y se encendió una luz en mi cabeza. Las imágenes fueron apareciendo. En mi mente lo vi todo: abrí la puerta de calle y seguí el serpenteante caminito de ladrillos hasta la galería. Pasé por el aljibe y... ¡y hasta sentí el aroma de los naranjos! Entré en la casa de mi abuela y la recorrió toda. Es más, parecía que tenía ojos en la nuca, como si mirara en trescientos sesenta grados, como si fuera un juego de computadora, pero real.

—¡Guau! —dijo mi entusiasmado primo—. Es verdad, lo puedo ver todo claramente, como si estuviera ahí.

—¡Muy bien, muy bien! —graznó la Vieja Vizcacha—. Ahora cierren los ojos nuevamente, imaginense frente al mar.

—Yo nunca estuve en el mar —dije

—Yo tampoco —me siguió Carlitos.

—¡Ah!, están ciegos de mar —nos dijo la vieja huesuda.

—Bueno, entonces imaginense frente a las montañas.

Mi primo y yo abrimos los ojos, y negamos con la cabeza.

—Creo que también estamos ciegos de montañas —dije.

—Ajá. ¿Vieron? Ciega y todo, tengo mucho más que ustedes para ver —dijo ella, y lanzó otra de sus burlonas carcajadas.

Mientras se reía, yo me quedé pensando de cuántas cosas más estaría ciego.

—¿Y usted... —Carlitos la hizo callar con una pregunta—, de que está ciega todavía?

La Vieja Vizcacha interrumpió la carcajada. Se puso seria de golpe, como si buscara imágenes en su mente. Imágenes que, aparentemente, no podía encontrar.

Tomó aire y aire y aire —juro por Dios que vi sus pulmones inflarse como un globo—, y exhaló la respuesta con un suspiro:

—De amor. Estoy ciega de amor.

Se encogió de hombros, y pareció sumirse en sus recuerdos. Yo comprendí que era el momento de retirarnos, y le señalé la puerta a mi primo.

—Creo que la abuela nos está buscando —le dije a la vieja—. Volveremos en otro momento.

—Por favor cierren bien la puerta: la claridad no me deja ver —dijo—. Además, esa maldita enredadera se está queriendo meter por cualquier lado.

Por miedo a una represalia de la abuela, no contamos nada de lo sucedido con la Vieja Vizcacha. No dijimos nada ese día ni en todo el verano.

No volvimos a la casita del fondo hasta el siguiente año.

Por fin llegó el verano, por fin estaba de nuevo en Carhué. El año se me había estirado como un chicle.

Carlitos me estaba esperando en la casa de la abuela. No perdimos tiempo, y fuimos en busca de la Vieja Vizcacha.

Llegamos hasta el alambrado, pero no podíamos encontrar la puerta. La enredadera era mucho más espesa que el verano anterior.

Una vez que cruzamos al otro lado, vimos que...

...no se veía nada.

¡La trepadora había devorado por completo la casa de la Vieja! ¡No se veían puertas ni ventanas! Todo estaba tapizado de hojas: el monstruo verde había tomado la forma de la casa.

Caminamos por el colchón de hojas y raíces hasta la casita. Buscamos la puerta.

No aparecía, pero finalmente Carlitos gritó:

—¡Acá está!

La enredadera se había agarrado tan fuerte que no pudimos abrirla.

Corté algunas hojas y raíces con mi cortaplumas y miré por el ojo de la cerradura. Todo oscuridad.

—¿Trajiste tu linterna? —le dije a mi primo.

—Sí, tomá —Carlitos sacó la linternita de uno de los bolsillos del pantalón.

—¡No puede ser! —grité—. ¡Es increíble!

Carlitos se asustó, y dio un salto hacia atrás.

—¡No me digas! —dijo, agarrándose la cabeza—. ¿La vieja está muerta en la silla?

—No, Carlitos, no puedo creer lo rápido que crece ésta enredadera: ¡¡¡ya tapó otra

vez la cerradura!!!

—¿Cómo? Esperá que yo la corto con el cortaplumas.

Era algo increíble de ver, cuanto más cortaba la enredadera, más rápido crecía. Más y más. Nos pusimos como locos y arrancamos las hojas y las raíces con las manos. Hice tiempo apenas para espiar por la cerradura.

—¡No está! —grité—. ¡La vieja no está!

Mi primo, en el piso, arrancaba las tripas de la enredadera. Se detuvo en seco.

—¿Cómo que no está?

—¡Y... no está! —le dije—. La silla está vacía, ya la cubre la trepadora.

—¿A ver? ¡Dame la linterna! ¡Quiero ver!

—¡Tomá, desconfiado! —le dije.

Miró por el agujero de la cerradura.

—¡Es verdad! —gritó también—. ¡No está! ¿Dónde habrá ido?

En eso... ¡la enredadera cubría por completo las zapatillas de mi primo! Y le trepaba por los pantalones.

—¡Carlitos! —grité señalándolo.

El también gritó, señalando los míos. No me había dado cuenta: en cuestión de segundos, la trepadora nos tenía enredados a los dos.

Mi primo, cortaplumas en mano, emprendió una encarnizada lucha contra la trepadora. Mientras, yo hacía lo que podía con mis manos.

Carlitos se liberó rápidamente, y me ayudó.

Salimos corriendo, pero debimos detenernos para abrir la puerta del alambrado. No había caso, el pasador ya estaba enredado, cubierto. La trepadora avanzaba sobre nosotros.

Desesperadas, nuestras manos luchaban por abrir la puerta de alambre.

—¡Apurá, Carlitos, Dale! ¡Ya me agarró la zapatilla! ¡Daleeeee!

Felizmente, lo conseguimos. Antes de que la maldita enredadera pudiera atraparnos, estábamos fuera de su alcance.

Increíble y extraño a la vez: aunque adentro lo había acaparado todo, la enredadera no pasaba los límites de la propiedad de la Vieja Vizcacha. Hasta las dos flacas y largas palmeras a los costados de la casa habían sido víctimas del monstruo de hojas verdes. Ya no podían mover sus melenas al viento. La enredadera había trepado tan alto, que las tenía agarradas de los pelos.

No aguantamos más con el misterio, fuimos y le contamos todo a la abuela, incluyendo lo del verano anterior.

La abuela nos dijo que la Vieja Vizcacha había muerto durante el invierno. La trepadora había cubierto toda la casa: puertas, ventanas, chimenea, todo. Se había ido metiendo en la vivienda por cada rendija o pequeño agujero que encontró a su paso.

—¡Fue algo tremendo! —dijo la abuela—. Tuvimos que llamar a los bomberos. Cortaban la enredadera con la moto sierra, y volvía a crecer. Muy rápido. ¡Nunca se vio nada igual! Cuando los bomberos pudieron entrar, se encontraron con una escena escalofriante. Todo el interior de la casa estaba revestido de verde. La trepadora cubría los pisos, las paredes, las aberturas, los muebles, el cielo raso. Trepada a la

silla donde estaba sentada la vieja, la enredó y la envolvió, igual que una araña cuando atrapa su presa. Y lo peor, la trepadora ingresó por todos los orificios de la humanidad de la anciana y le recorrió los órganos, buscando llegarle al corazón. Lo envolvió, lo apretó, hasta que el viejo y cansado músculo dejó de latir.

Con mi primo quedamos horrorizados ante semejante manera de morir. Le preguntamos a la abuela por qué nunca nos habló de La Vieja Vizcacha. Esa misma noche, la abuela nos contó toda la historia, y resulta, que había sido prima segunda de ella.

—Como saben, se llamaba Nazarena. Y dicen que de joven fue una hermosa mujer, por la cual los muchachos del pueblo suspiraban.

»Pero el corazón de la bella muchacha tenía dueño; latía con fuerza, cuando sus ojos turquesa se cruzaban con los de Ezequiel Ramírez. Un joven distinguido, bien parecido y con mucho dinero.

»Eran inseparables. Se habían sentado juntos en la escuela primaria desde el primer día, y nunca más se separaron hasta el último, cuando egresaron. Se juraron amor eterno durante la adolescencia. Y recorrieron el país de norte a sur, en innumerables viajes. Cada vez que volvían de uno, todo el pueblo esperaba el anuncio de casamiento. Hasta que ocurrió el accidente.

»Nazarena y Ezequiel solían ir a cabalgar los domingos. Él era el hijo de un hacendado importante de Carhué. Esa tarde, fueron a cabalgar por uno de los campos que el padre de Ezequiel les había regalado para cuando formaran una familia y construyeran su propio rancho. Ellos habían clavado unas estacas donde pensaban levantar su hogar. Y jugaron una carrera, a ver quién llegaba primero hasta las estacas. Ganó Nazarena. Pero al llegar, su caballo se asustó. Había ahí una enorme yarará, y el animal lanzó a Nazarena contra la estaca, y ella rodó sobre unos cardos silvestres, por donde la víbora escapó.

»Ezequiel, que venía un par de metros más atrás, lo vio todo, y prácticamente se lanzó del caballo al galope. Cuando rescató a Nazarena y la tuvo entre sus brazos, vio que tenía un profundo corte en el rostro. Ese que le dejaría una cicatriz para siempre. Pero lo peor, fueron los cardos que se incrustaron en sus ojos.

»Ezequiel llevó de urgencia a su novia al hospital, montada a caballo. Tras una larga operación, extrajeron los restos de cardo de los ojos de Nazarena, pero la chica quedó bizca para toda la vida.

»Y todo cambió: Ezequiel, lejos de permanecer al lado de su amada, fue tomando distancia hasta dejar de frecuentar por completo a la desdichada Nazarena, quien con el tiempo se fue recluyendo en su casa; en su pequeña casa, lejos de la esquiva mirada de la gente, que comenzó a llamarla Vizcacha. En un pueblo chico, lo que se desarrolla con más rapidez es soltar la lengua.

»Pasaron varios años, y Ezequiel anunció con bombos y platillos, su casamiento con una joven extranjera que había conocido en uno de sus tantos viajes para "olvidar a Nazarena".

—¡Qué pedazo de traidor! —gritó Carlitos.

—Tranquilo —dijo la abuela—. No te adelantes a los hechos.

—¿Entonces, que pasó? —le pregunté ansioso.

—Pasó, que la noche anterior a la boda, Ezequiel salió a cabalgar. Y cuatro horas después regresó el caballo sin su jinete. Ezequiel desapareció y nunca más se supo de él.

—¿Enserio, abue? —dije.

—Lo buscaron por años, y jamás lo encontraron. Se dijeron muchas cosas, hasta se habló de la maldición de Nazarena.

»Pero solamente yo sé lo que pasó aquella noche.

—¿Que pasó, abuela? —suplicó Carlitos—. Por favor...

—Esa noche... —siguió contando la abuela—, esa noche yo me levanté para ir al baño, que en ese entonces, era un baño provvisorio de madera y estaba afuera, atrás de la casa, donde ahora se encuentra el gallinero.

»Yo misma lo vi con mis propios ojos. Cuando miré hacia al fondo del terreno, ahí estaba la Nazarena bajo la luz de la luna. Ella también me vio, pero ninguna de las dos dijo nada. Yo iba al baño y ella arrastraba un bulto enorme envuelto en tela como de arpillera.

»Entré al baño. Y ya sentada, miré por entre las tablas que hacían de pared. La vi a Nazarena arrojar el bulto a un pozo, que seguro había cavado previamente. Lo último que alcancé a distinguir fueron un par de botas de hombre que sobresalían de la envoltura.

»Cuando salí del baño, Nazarena estaba con una pala en la mano. Acababa de enterrar a... ¿a Ezequiel? Y lo había enterrado exactamente en el mismo lugar donde tiempo después apareció y comenzó a crecer la enredadera trepadora.

»Yo la miré, y ella me miró con sus ojos bizcos... Luego nos fuimos a dormir; sin decir una sola palabra, nos fuimos a dormir.

Cuando la abuela acabó con el cuento, la cara de Carlitos era de horror. Y, por cómo me miraba, me di cuenta de que la mía también. El solo hecho de pensar que la trepadora podría ingresar por mi dormitorio y envolverme como a una mosca, ya me perturbaba bastante, y ni hablemos de ingresar por mis orificios.

Le preguntamos a la abuela dónde habían enterrado a la Vieja Vizcacha. Nos dijo que no la enterraron, que la cremaron.

—Yo tengo las cenizas en un cofrecito sobre el hogar a leña.

Con Carlitos nos miramos, y enseguida se nos ocurrió una magistral idea.

A la hora de la siesta, mientras la abuela dormía, agarramos el cofrecito y fuimos para el fondo del terreno, ahí donde nacía la enredadera trepadora. En el lugar donde, según la abuela, estaba enterrado Ezequiel, arrojamos las cenizas.

Aún hoy se me eriza la piel recordando aquel momento. Fue increíble ver cómo la enredadera cambiaba de color: igual que un río de aguas turbias que avanza tras un alud, la enredadera trepadora pasaba del verdor de la vida al marrón amarillento de su

inevitable muerte, en cuestión de segundos. La enredadera se iba secando.

Nos quedamos mirando la sorprendente escena con el cofrecito vacío en la mano. El viento comenzó a soplar y soplar y soplar, llevando las hojas secas de Ezequiel y las cenizas de Nazarena, mezclados en un gran remolino. Recorrieron así un par de kilómetros campo adentro, hasta que el viento cesó, y el remolino se deshizo dejando caer las hojas secas y las cenizas exactamente en el mismo sitio donde aún siguen clavadas las estacas. Donde muchos años atrás Nazarena y Ezequiel habían elegido vivir juntos. Y ahora la muerte los unía ahí mismo, para siempre.



Las brujas de Carhué

Las brujas de Carhué

Una noche la abuela nos reunió a todos los nietos junto al hogar a leña, y nos contó sobre las brujas de Carhué.

—Dicen que las brujas no existen; pero que las hay, las hay. ¡Claro que las hay! — gritó, elevando los brazos y la mirada al techo—. ¡En Carhué, está lleno de brujas!

Aterrados, nos abrazamos con mis primos, y Sonia se me aferró como una gata asustada, clavándose las uñas en el brazo.

Luego la abuela bajó la voz como contando un secreto.

—Aaah, pero no son cualquier tipo de brujas. No son como esas de los cuentitos baratos que venden a tres por uno en los trenes. No se visten con horribles vestidos negros, ni tampoco llevan ridículos sombreros puntiagudos. Nooo. No, señor: las brujas de Carhué tienen la apariencia de hermosas y jóvenes mujeres —la abuela levantó nuevamente la voz—. ¡Ellas manejan magistralmente el arte del engaño y la seducción! *Todo* es una puesta en escena. —Volvió a susurrar—. Detrás del maquillaje se encuentran los seres más escalofriantes y aterradores que jamás se hayan visto. —Tomó aire y volvió a gritar—: ¡Son el engendro del mal! ¡Las hijas de Lucifer ocultas en un disfraz!

Sonia hundió más profundo sus uñas en mi brazo, y yo grité de miedo y dolor a la vez. La abuela, que parecía una mecha encendida a punto de hacer explotar una bomba, continuó describiendo a las brujas del pueblo.

—Tampoco crean que andan volando en escobas. ¡Qué ridículo! Ridículo además de incómodo. No, señor. —Hizo una pausa, y volvió a levantar la voz—. ¡Las brujas de Carhué vuelan cada una sentada en una silla!

La abuela agarró una silla y se sentó.

¿Saldrá volando?, pensé. Yo miré a mis primos: todos tenían cara de espanto.

Pero no, la abuela se había sentado para seguir con el relato.

Sonia apretó las manos y las uñas. Yo no podía más del dolor.

—Y esto que les voy a contar ahora... —la abuela nos apuntaba con el dedo—, que les quede bien clarito. Clarito, clarito. Las brujas de Carhué no asustan a los niños por la calle, no les convidan golosinas o manzanas envenenadas. ¡Nooo!

—¿Qué hacen? —gritó Sonia—. Por favor, abue. ¿Qué hacen?

—Las brujas de Carhué... ¡se comen a los niños! —siguió la abuela, señalando la enorme olla sobre la hornalla de la cocina.

Esta vez, no aguanté más: le mordí en la espalda a Sonia.

Con mis primos nos pegamos un julepe bárbaro, la abuela parecía sacada, y seguía apuntándonos con el dedo.

—¡Nunca, pero nunca jamás, ingresen a la casa de señora alguna, que quiera invitarlos con cualquier pretexto. ¡Entendieron!

Asentimos.

—¿ENTENDIERON?

—¡Sííí, abuela! —contestamos a coro.

—¿Abuela... —preguntó Cristina, la hermana mayor de Sonia— y... cómo nos damos cuenta si una señora es bruja o no es bruja?

—¡Es muy difícil! —dijo la abuela—. Algunas, no todas, tienen una marca de nacimiento. Una marca muy pequeña. Está detrás del cuello, donde comienza la nuca. Es una cruz invertida: la marca del mal, la mancha del infierno.

Miramos hacia la cocina, la olla nos parecía mucho más grande que antes.

—Abuela —dijo Carlitos—. ¿Por qué decís que Carhué está lleno de brujas?

Y ahí, la abuela nos contó aquella viejísima historia:

Se cuenta que llegaron de Europa —siguió la abuela, y nosostros volvimos a quedarnos mudos, escuchando—, más precisamente de Zugarramurdi, un pueblito de España.

Es famosa la anécdota del taita Quevedo. Se cuenta que el taita llegó una noche a la vieja pulperia del pueblo, ató su caballo al palenque y enfiló tambaleante hasta el mostrador. Pidió una botella de ginebra, con la voz temblorosa y el rostro desencajado. Dicen que los presentes —incluido el comisario del pueblo, que jugaba la final de un torneo de truco— se dieron vuelta para ver cómo las nerviosas manos empinaban la botella dejando caer un poco de ginebra entre sus ropas. El taita se bebió sin respiro hasta la última gota y, tras apoyar la botella vacía sobre el mostrador, gritó sin levantar la vista:

—Acabo de ver brujas. ¡Cientos de brujas!

El comisario repartía las cartas.

—¿Brujas? —preguntó con sarcasmo—. Decime, taita, ¿dónde viste tantas brujas?

—En la laguna —contestó el asustado gaucho—. ¡Cientos de brujas cruzaban volando el lago Epecuén!

La pulperia estalló en carcajadas, y el comisario volvió a preguntar:

—¿Eran horribles viejas vestidas de negro, que volaban montadas en escobas?

Los demás baqueanos morían de risa.

—¡Todo lo contrario, señor comisario! —contestó el gaucho pidiendo con un gesto otra botella de ginebra—. ¡Eran jóvenes y hermosas! ¡Las mujeres más hermosas que jamás haya visto! Y volaban en sillas. Volaban en sillas —repitió el taita, mientras se mandaba un buen trago de ginebra.

Y enseguida se dobló tomándose el vientre.

Por un momento, un silencio sepulcral se apoderó de la pulperia, y solo se escucharon los ruidos abdominales del tembloroso taita.

—*Por la laguna Epecuén...* —comenzó a cantar el comisario, con el ancho de espadas entre las manos— *venían volando las brujas, y decían un conjuro: "Yo vengo, mi amigo, volando pa' cantarle... ¡Flor y truco!"*

Risas y gritos se mezclaron en una algarabía colectiva.

Mientras tanto, el taita Quevedo agarraba la botella de ginebra por el cuello y daba

unos pasos tambaleándose en dirección al comisario. Se detuvo frente a la mesa:

—¡Sigan riendo nomás! —Y siguió con su historia—. Una de *ellas* se me acercó volando en su silla ¡Era hermosa! ¡Un sueño de mujer! —el taita estaba fascinado—. Pero fue solo el encanto de un instante, su belleza era un embrujo. La hermosa bestia se me colocó a la par y me susurró al oído *Necesito tus tripas para un conjuro*. Cuando volví a mirarla, se rompió el espejismo. Y la realidad me enfrentó con el monstruo. La vista de esa horrenda figura me paralizó. De su calva cabeza, solo colgaban unas pocas y largas mechas de pelo —si a eso se lo podía llamar pelo—. Su cara no era sino una masa de piel arruga sobre arruga, con una deforme nariz de gancho. Los ojos rojos de fuego: el mismísimo demonio. Y la risa... esa risa de ultratumba me heló la sangre.

Me enseñó las manos: horribles patas de gallina. Estábamos tan cerca... Me miró fijo a los ojos y hundió en mi vientre sus largas y filosas garras —el taita Quevedo levantó el poncho y dejó a la vista de todos, aquel vientre abierto como una flor. Chorreaba una mezcla de sangre y ginebra—. ¡La bruja se llevó mis tripas! —fue lo último que dijo. La botella de ginebra estalló en el piso, y el taita Quevedo se desplomó sobre la mesa del comisario. Las cartas volaron por el aire, y el ancho de espadas reposó mansamente sobre la frente del difunto.

—Pero el asunto no termina ahí —dijo la abuela, mientras mis primos y yo espantados, nos tocábamos el vientre—. Con la muerte de Quevedo se suspendió el torneo de truco. El comisario se lamentó, más que por la muerte de Quevedo, por la suspensión de la final del torneo que estaba ganando. Cerraron la pulperia para que trabajara el médico forense, y el comisario salió de la pulperia y subió al patrullero.

—¡Voy a dar una vuelta! —dijo, pasando el rifle que tenía en el asiento trasero para el de adelante—. Seguro que el taita tuvo la mala suerte de enfrentarse con un puma hambriento.

Se puso en marcha y tomó la ruta hacia la laguna.

Luego de hacer un par de kilómetros, escuchó el murmullo de un lejano cantar, como un coro que provenía del bosque.

Bajó la ventanilla.

El coro se hizo más fuerte.

Como atraído por el canto irresistible de las sirenas que vuelven locos a los navegantes, el comisario se desvió por el viejo camino de tierra que lleva al bosque, internándose en la espesura como en un mar.

Cuanto más penetraba, más y más fuerte era la atracción. El comisario se dejaba llevar y, tras doblar en una curva, *las* vio: jóvenes, hermosas mujeres, sentadas en sillas al costado del camino, cantaban. Bellas todas, una más hermosa que la otra, entonaban la armoniosa melodía que lo había atraído. Él no daba crédito a sus ojos. ¿De dónde habían salido aquellas hermosas criaturas vestidas con transparencias? ¿Por qué cantaban en medio del bosque?

Una de ellas —sin lugar a dudas, la más bella de todas— se contorneaba con su

propia melodía sin abandonar su silla, en el medio del camino. Cruzada de piernas, exhibiendo todo su encanto, sostenía una roja y brillante manzana entre las manos. El comisario, viejo zorro, conocido en el pueblo por su debilidad hacia las mujeres, descendió del patrullero y caminó hacia la muchacha. La niebla y la luz de los faros del patrullero le daban un marco dantesco al encuentro. El hombre avanzaba y, a medida que lo hacía, notaba que la muchacha cambiaba su aspecto. La vio envejecer paso por paso. Cada vez más y más... No bien llegó junto a ella, todas dejaron de cantar. El hechizo se había roto. Cuando el comisario se dio cuenta, ya era demasiado tarde: lo rodearon entre todas. Y el pobre recordó cada una de las palabras del taita. Un frío helado lo recorrió entero, de la cabeza a los pies. Y en ese momento comprendió que el taita Quevedo no estaba borracho, tampoco mintiendo: el gaucho tambaleaba por el miedo. Un miedo que seguramente él mismo tenía ahora en la cara, mientras la vieja —exhermosa muchacha— se levantaba de la silla.

Con el mayor de los espantos, el comisario vio pudrirse la manzana entre las ahora filosas y repugnantes garras de la recién convertida en bruja.

La abuela terminó el cuento y se fue a dormir.

Nosotros nos quedamos un rato hablando de brujas y demás historias escalofriantes, en una noche que se hizo eterna y única.

Nos fuimos a dormir todos juntos, no fuera cosa...

Yo daba vueltas en la cama, no podía conciliar el sueño. La luz de la luna que ingresaba por la ventana me molestaba. Me levanté para correr la cortina.

Sonia dormía de costado, profundamente. Le vi algo en el cuello. Una pequeña mancha. Me acerqué para mirarla de cerca, y me encontré con la peor de las sorpresas: a la altura de la nuca, ¡tenía la marca maldita! ¡No podía ser que mi propia prima tuviera la cruz invertida del mal!

Una sombra se movía en la pared. Detrás de mí había alguien.

Con mucho miedo me di vuelta, y vi a la abuela de pie en el umbral. De camisón y pantuflas, traía una vela en la mano. Se llevó el índice a los labios, como indicándome silencio. Dio media vuelta y se fue.



Evaristo Anselmo

Evaristo Anselmo

La abuela tenía sus métodos a la hora de convencernos para ir a dormir la siesta. Nos hablaba de "El hombre de la bolsa".

Siempre fue una de sus historias favoritas. También para nosotros lo era, y más sabiendo que el hombre de la bolsa tenía nombre y apellido.

—Se llama Evaristo Anselmo Darragueira —decía la abuela—. Es un viejo ermitaño que vive del otro lado de las vías. Atravesando el maizal campo adentro, en un rancho tanto o más mugriento que él. Ahí se esconde el viejo.

La abuela nos había contado que en realidad se llamaba Evaristo, nada más. Anselmo era el nombre del hermano mellizo. Nadie supo que fue de Anselmo, un día desapareció del carrito donde dormía.

Evaristo, ya grande, recorría las calles del pueblo cargando una bolsa de arpillera al hombro. Y, con el correr de los años, notaron que hablaba solo. Nadie le daba importancia. Hasta que alguien —la abuela no se acordaba quién— dijo que no hablaba solo, sino con su imaginario hermano, como si lo tuviera al lado.

Cuando la gente lo comprobó, empezó a llamarlo Evaristo Anselmo, igual que si fueran dos personas en una.

Por todos lados se escuchaban saludos de "Chau, Evaristo Anselmo". Y él levantaba la mano devolviendo el saludo, y contestaba dos veces.

—Hay otra versión sobre la desaparición de Anselmito —dijo la abuela—. En mi época se decía que al pequeño Anselmo se lo había robado la llorona.

—¿Quién? —chilló Sonia.

—Callate, nena —dijo Carlitos—. ¿No escuchaste? "La llorona".

—Sí —dijo yo—. ¿Pero quién es "La llorona"?

—Matilda Asunción Jiménez —dijo la abuela—. Aunque todo el pueblo la conoció y llamó por su apodo "La llorona".

Matilda había sido feliz junto a Reinaldo, su esposo, y el pequeño Francisco. "Paquito", así llamaba a su hijo de cuatro años. Pero, un desgraciado día, Paquito desapareció.

Se decía que el chico siempre jugaba en la hamaca que le había construido su padre. Y aquella tarde, Matilda estaba recostada en su cama mientras escuchaba cantar y columpiarse al pequeño, en el jardín de la casa. Hasta que en un momento no oyó más el canto del niño. Cuando Matilda salió al jardín, encontró a la hamaca balanceándose sola.

—Tengo miedo abue —dijo Sonia.

—¿Otra vez? —la reté—. Así, la abuela no va terminar nunca el cuento.

Sonia hizo pucherito con los labios y se abrazó a Carlitos. La abuela continuó con el relato:

—Desesperadamente, Matilda buscó por todo el jardín y la casa. Luego en las casas vecinas y más tarde por todo el pueblo, gritando: ¡Me robaron a mi hijo!

¡Llamen a la policía, mi hijo a desaparecido!

La búsqueda había durado varios días, hasta que el comisario y sus hombres no tuvieron donde más buscar. La pobre Matilda entró en un estado de shock. Y, al cabo de un tiempo, perdió la cordura.

—Deambulaba por las calles de Carhué —siguió la abuela—, llorando en busca de Paquito. La desesperación por no encontrar a su pequeño la llevó al delirio, y se le dio por arrebatarle los hijos de las mujeres del pueblo.

—¡Uy! —dijo Cristina—. Ahora no solo debemos preocuparnos del Hombre de la bolsa, sino también de la llorona.

—Eso pasó hace muchos, muchos años —dijo la abuela—, ahora Matilda está bien enterradita en el cementerio.

Pero la abuela no sabía que el curso de la historia estaba por cambiar.

El domingo 10 de noviembre de 1985 —con mis primos ya ni nos acordábamos de La llorona y el Hombre de la bolsa—, tras largos días de intensas lluvias, el lago Epecuén venció la valla de contención. Y la floreciente villa turística de mismo nombre se inundó. La gente huyó con lo puesto hacia Carhué.

El viejo cementerio quedó sepultado debajo del lago. El agua removió la tierra, y la famosa sal de la laguna hizo salir a flote cientos y cientos de ataúdes, que navegaron a la deriva por varias horas. Luego encallaron en la costa del lado de Carhué. Parecían pequeñas ballenas varadas, escupiendo agua podrida por las rajaduras de la madera.

Llevó mucho tiempo recuperar los cuerpos y volver a darles cristiana sepultura.

Se oía acá y allá que faltaba un cadáver. “No lo pueden encontrar”, decía el dueño de la pulperia. Pero nadie sabía aún de quién era el cadáver.

Recién después de una semana, supimos su nombre: Matilda Asunción Jiménez, La llorona.

A los pocos días de la reveladora noticia, algunos chicos desaparecieron sin dejar rastro.

El pueblo se vio ceñido por sombras del pasado. El miedo se percibía en el aire, en los rostros de la gente que caminaba deprisa por las calles solitarias, solo para comprar lo imprescindible. Carhué, era ahora un pueblo fantasma. El único que caminaba tranquilo por las calles era Evaristo Anselmo.

No bien oímos su nombre, mis primos y yo nos acordamos de aquella historia de la abuela.

Muchas veces lo vimos desde la ventana a Evaristo Anselmo, pasaba por la calle que daba a las vías del ferrocarril cargando la bolsa de arpillera. Su aspecto nos hacía temblar. Su mirada fría y penetrante impartía pavor a través del vidrio de la ventana: no había vez que pasara que no volteara para mirarnos directamente a los ojos.

Una calurosa tarde de febrero, a la hora de la siesta, lo vimos volver del pueblo camino a su rancho. Cargaba su famosa bolsa de arpillera, como siempre. Pero, esta vez... esta vez algo se movía adentro de la bolsa.

—¡Un chico! —gritó Carlitos—. ¡El hombre de la bolsa se robó un chico y se lo va a comer!

Miramos espantados, los cuatro amontonados junto a la ventana, cómo el viejo, vestido con unos trapos harapientos, caminaba con la bolsa al hombro, y conversaba con su hermano imaginario.

—¡Hoy vamos a comer muy rico, Anselmo! —decía Evaristo, y enseguida cambiaba la voz—. ¡Qué bueno, Evaristo! ¿Qué me vas a cocinar? —Y Evaristo seguía—. ¡Algo muy sabroso y tierno! Muy, pero muy tierno. ¡Mmm! ¡Se me hace agua la boca! —el viejo parecía un loco hablando solo.

Pasaba por el frente de la casa de la abuela. Nuestros asustados ojos lo siguieron hasta perderlo de vista por un costado de la ventana.

Corrimos hacia afuera. Vimos que Evaristo Anselmo doblaba en la esquina.

Yo me metí entre las cañas que daban a la otra calle, para ver si había tomado en dirección al maizal, camino a su rancho.

De repente escuché el ruido de cañas secas partiéndose. Alguien se me acercaba por detrás, y mis flaquitas piernas se pusieron a temblar como en los días de invierno cuando caminaba a la escuela.

Una mano se apoyó en mi hombro...

—¿Y, lo viste?

¡Uf!, respiré aliviado. ¡Era Carlitos!

Atrás venían las chicas.

—¡Casi me matás de un susto, nene! Pensé que eras el Hombre de la bolsa.

Apartamos un par de cañas y seguimos. Ahí nomás, lo vimos entrar al maizal, cortando camino a su rancho, como habíamos imaginado.

Con Carlitos y las chicas decidimos seguirlo. Teníamos que hacer algo, no podíamos dejar que ese viejo se comiera otro chico.

La abuela dormía la siesta como una osa, al igual que todo el pueblo.

Seguimos al Hombre de la bolsa atravesando el maizal, a cierta distancia para que no pudiera vernos. Lo seguimos un buen rato hasta verlo llegar al rancho. Un rancho que se caía a pedazos.

—Las paredes se sostienen por la mugre —dijo Cristina.

—Son pura costra —dijo Sonia—. Tenés razón.

Era una imagen macabra, de un cuento de terror. Por si fuera poco, unas nubes negras cubrieron rápidamente el cielo, y se hizo la noche. Luego volvió a encenderse en electrizantes relámpagos, para explotar y caer en una torrencial lluvia.

—Volvamos a la casa de la abuela —dijo Sonia asustada, escondida detrás de Cristina.

—No podemos abandonar a ese chico —dije—. Ustedes dos vuelvan. Carlitos y yo trataremos de hacer algo.

Sonia y Cristina se fueron bajo la lluvia. Otro relámpago las iluminó mientras entraban al maizal.

Carlitos y yo nos acercamos sigilosamente a una de las ventanas del rancho. Despacito nos deslizamos, y pudimos ver el interior de la cocina a través del vidrio.

Un verdadero basural, la cueva de una rata: llena de cacharros viejos y sucios por donde se mirase.

El viejo apoyó la bolsa encima de la mesa. Lo que estuviera dentro se movía incesantemente. Y se oía un gemido. ¡El chico!

Evaristo Anselmo puso en práctica toda una ceremonia. Se calzó un delantal negro —brillaba de grasa acumulada—. Se ató un pañuelo igual de mugriento a la frente. Y encendió unas velas: le dieron un ambiente más lúgubre y siniestro a la sucia y desordenada cocina.

La bolsa seguía moviéndose sobre la mesa, y los gemidos se escuchaban con más fuerza. El bullo era pequeño, podría tratarse de un bebé. ¿Qué clase de madre podía descuidar un bebé a la hora de la siesta?

—Tenemos que avisar a la policía —dijo Carlitos.

—Esperemos a ver qué hace —dije—. Si intenta algo malo, hacemos bastante ruido y corremos hasta la comisaría. El viejo no va arriesgarse a hacerle algo al bebé sabiendo que vamos a delatarlo.

Evaristo Anselmo encendió una hornalla y apoyó una sartén. De tanta grasa vieja acumulada, la sartén se prendió fuego y Evaristo tuvo que apagarla con un repasador.

Cortó un poco de manteca —o vaya uno a saber qué— y la puso a derretir. Agarró dos cuchillas enormes de la mesada, y les dio filo entre sí.

Lentamente fue hacia la bolsa, que seguía moviéndose, temblando rabiosa arriba de la mesa, entre gemidos insopportables, como si el bebé anticipara su horrendo destino.

—¡Lo va a matar! —ahogó un grito Carlitos, en una afónica y desesperante mímica.

El viejo se detuvo junto a la mesa, frotó las cuchillas y...

... y siguió de largo hasta la heladera.

Con mi primo nos miramos desconcertados. Y volvimos la vista hacia el asesino.

Lo vimos sacar un trozo de carne, llevarla hasta la mesada y cortar unos churrascos.

—¡Algo tierno, Anselmo! Algo muy rico y tierno prepara tu hermano. *Mmm, tengo hambre, mucha hambre* —Dijo el mismo monstruo cambiando la voz.

El viejo conversaba con su hermano imaginario, y la bolsa sobre la mesa se movía más y más... Cada vez más fuerte. Y los gemidos parecían los de un cerdo cuando le clavan un cuchillo en la garganta.

Evaristo Anselmo prendió el equipo de audio y sonó una música... ¿clásica? Se aclaró la garganta con un repugnante gorgojo y escupió una bola verde que, luego desparramó con la alpargata en el piso de tierra.

El viejo se puso a cantar.

—Canta ópera —se rió Carlitos.

Ahora Evaristo Anselmo subía el volumen, parecía disfrutar a lo loco.

Con las cuchillas en las manos hacía ademanes en el aire, como representado una obra en pleno teatro Colón.

—Canta bastante bien —dije—. Tiene una voz potente y todo.

Los relámpagos iluminaron la cocina, un escenario dantesco.

Nosotros seguimos observando bajo la lluvia.

El monstruo volvió a la mesa. La bolsa se movía más que nunca, y el chirrido de su interior alcanzaba el punto más alto, igualando la nota sostenida de Evaristo. Un dueto escalofriante.

La bolsa se abre, y queda al descubierto el ser más horrendo y repugnante que mis ojos hayan visto jamás. Carlitos sale disparado hacia el maizal, en dirección a la casa de la abuela. Yo en cambio me quedo petrificado contra el vidrio, mirando la escena más terrorífica de toda mi vida.

Aquella... cosa deforme era el verdadero hombre de la bolsa.

¡Era... era Anselmo! ¡El hermano mellizo de Evaristo!

Entonces, me dije. ¡Entonces el hermano imaginario no era imaginario!

Deforme, más que monstruoso: un pequeño tronco con dos piernas cortitas y dos brazos cortitos. Una cabeza maléfica, con rasgos apenas humanos, apenas parecidos a los de Evaristo, especialmente los ojos saltones. No hablaba, se comunicaba con gemidos, y Evaristo los interpretaba a la perfección. Esa cosa tenía gruesas y oscuras cicatrices por toda la cara.

Evaristo sirvió los churrascos en un plato roñoso —la meza estaba minada de platos roñosos y moscas girando a su alrededor—. Se sirvió una copa de vino tinto y tomó un trago. Le dio de beber a *la cosa*. Cortó pequeños trocitos de carne y, con el cuidado y cariño de una madre, se lo fue metiendo en la boca a su hermano.

Me enterneció la imagen. Sentí mucha pena por Evaristo: él había tenido que hacerse cargo de aquel fenómeno. Alejado del pueblo, de la gente, de toda actividad social se hizo cargo de su hermano. Le dedicó toda su vida. Y jamás lo dejaba, lo llevaba oculto en la bolsa de arpillera a todos lados.

En cada bocado que Evaristo le daba, acariciaba la cabeza de Anselmo.

—¡Buen chico! —decía a medida que el pequeño monstruo tragaba—. ¡Bueno! Como el pequeño Anselmo se comió todo... se merece un riquísimo postre. —Fue hasta la mesada en busca de la cuchilla más grande.

Anselmo empezó a saltar arriba de la mesa. Sus ojos se agrandaron y sobresalieron como una horrenda caricatura. En realidad, todo en aquel ser comenzó a cambiar. Su mandíbula se ensanchó a tal punto, que se deformó totalmente. Si antes era horrible, ahora era abominablemente espantoso. El monstruo estaba totalmente excitado de placer ante el postre que le había prometido su hermano.

Evaristo abrió la vieja y oxidada heladera —alguna vez habrá sido blanca, me dije—, introdujo medio cuerpo y, con la cuchilla bien afilada, cortó un trozo de postre. Y salió.

Era un..., yo no podía creer lo que veía. Se me fue todo el sentimentalismo al diablo. ¡Un pequeño brazo! El brazo de algún chico muerto.

Vi que lo lanzaba en dirección de Anselmo, y este se lo devoraba de un solo bocado en el aire. Parecía un perro, una horrible y espantosa raza de perro.

Pegué un grito que seguramente se escuchó hasta en el lago Epecuén.

Los mellizos voltearon y me vieron. Yo temblaba de terror, empapado hasta los dedos de los pies.

Evaristo alzó en brazos a su hermano y se acercaron a la ventana.
Quedamos frente a frente, separados por el delgado y sucio vidrio.

Anselmo chirriaba como un cerdo. Su mandíbula se abrió tanto... Pensé que en esa boca entraría mi cabeza entera. Igual que la boca de la pitón que había visto en un documental, los dientes desproporcionados y afilados se abrían y cerraban aterradores.

Evaristo frunció el ceño, su cara también se transformaba. ¡Con Anselmo eran dos verdaderos monstruos! Los chirridos del más pequeño se hicieron insopportables. Y Evaristo me mostró la cuchilla y se la pasó por el cuello. Ya sabía yo qué significaba ese gesto.

Salí corriendo en dirección al maizal. Las zapatillas hacían ruido de sopapa por el agua acumulada entre la plantilla y mi pie.

No quería mirar hacia atrás, quería correr más y más rápido; pero mis piernas no respondían. Tropecé, no sé con qué, y la bestia me alcanzó.

—Vas a comer muy rico, Anselmo —decía—. Muy tierno y rico.

Lo miré: venía solo, sin su bolsa, sin su hermanito.

El campo se iluminó con un prolongado relámpago, la electricidad viajó por las partículas de aire y me alcanzó, erizó todos mis músculos y mis pelos. El resplandor iluminó la desencajada y sonriente cara de Evaristo. Desde el piso también alcancé a verme, reflejado en la hoja de la cuchilla del viejo. Vi un yo desencajado, asustado y lleno de barro.

Detrás de mí, oí el ladrido de unos perros. Salían de entre el maizal, y tras ellos aparecieron el comisario y sus ayudantes.

Enseguida apuntaron con los rifles a Evaristo. Y yo alcance a distinguir a Carlitos junto a ellos. Fue lo último que vi. Creo que me desmayé.

Pasé un par de días enfermo, con gripe; aunque algunos decían que el julepe me había dejado de cama. Lo que más me acuerdo de esos días son los relatos de Carlitos, eso de cómo el comisario atrapó a Evaristo bajo aquella torrencial lluvia.

Decía que después revisaron el escabroso rancho y los alrededores. Encontraron varios cadáveres de chicos enterrados. Los que habían desaparecido a lo largo de tantos años estaban en aquel rancho del horror.

Todos en Carhué quedaron conmovidos con el hallazgo. Desenterraron a los chicos del barro, en medio de aquella tormenta eléctrica y los llevaron al cementerio para darles cristiana sepultura. Pero nada los conmovió tanto como el hecho de encontrar el cuerpo de una mujer abrazada a un niño. Era nada menos que el cadáver de Matilda Asunción Jiménez, La llorona. Abrazada a Paquito, su hijo. Es el día de hoy, que todo el pueblo se pregunta cómo llegó el cadáver de Matilda hasta ese lodazal.

No bien me bajó la fiebre y pude salir de la cama, la abuela y la tía Cata me llevaron hasta la Comisaría. Dijeron que por protocolo debía identificar a Evaristo.

Él no podía verme porque me protegía un vidrio espejado —cámara Gesell, dijo el oficial— para que no me descubriera delatándolo.

Pero él me *sintió*. Me olió como una hiena huele a su presa.

Cuando lo vi solo en el cuarto, pregunté por Anselmo.

—¿Quién? —dijo el comisario

—Anselmo —repetí—. El hermano mellizo. Esa... cosa horrible que no llega a medir cuarenta centímetros.

—¿Perdón? —dijo el comisario—. En el momento de la detención, Evaristo estaba solo.

—Pero, yo mismo lo vi... Lo vi con mis propios ojos. Juro que los vi a los dos. Anselmo era una criatura horrible, deforme, una equivocación de la naturaleza, como dice el sacerdote. Él... *eso* era el verdadero hombre de la bolsa, el que se comía crudos a los chicos. Yo lo vi, y ahora debe de andar escondido, esperando, oculto entre las sombras.

—Ay, qué chico este —dijo la tía Cata—. Todavía está afectado por la terrible experiencia. O por la fiebre, vaya a saber. Debería haberse quedado unos días más en cama.

El comisario sonrió levemente y me acarició en la cabeza. Del otro lado, Evaristo se acercó al vidrio espejado. Sabía que yo no me había ido. Seguía oliéndome. El viejo podía oler a cualquier chico que anduviera cerca. Nos percibía, por el aire le llegaba nuestro olor.

Su cara se transformó como aquella tarde sin luz, me miró a través del vidrio y habló.

—¡Hoy vamos a comer muy rico, Anselmo! —Y enseguida cambió la voz—. ¡Qué bueno, Evaristo!



Duendes

Duendes

Mi abuela tenía un jardín que era la envidia del pueblo. Terreno había de sobra, y estaba lleno de flores y plantas, además de frutales y otros árboles. La abuela tenía una obsesión por las figuras de yeso. Coleccionaba todo tipo de figuras: sapos, cisnes, tortugas. Todo bicho de yeso que existía, iba a parar al jardín de mi abuela. Pero las figuras que más la obsesionaban, eran las de duendes.

Había duendes por todos lados.

Un día los conté. Eran noventa y nueve, todos distintos, y de la forma que se te ocurra. Un duende durmiendo, uno sentado, uno llorando, otro riendo. Duendes trabajando: carpintero, albañil, jardinero. Algunos montaban caballos, motos, autos y hasta un tren, también de yeso.

Cuando le dije a la abuela que los había contado, me pidió que contara bien, porque los duendes eran cien.

—Seguro que anoche estuvieron jugando —aclaró mientras limpiaba la chimenea —, alguno se habrá escondido por ahí.

No dije nada ante el comentario absurdo de la abuela. Pero como no tenía otra cosa que hacer, me puse a contar nuevamente los duendes. ¡Noventa y nueve! No me había equivocado. Por las dudas, los conté una tercera vez.

Iba para la cocina a decirle a la abuela que se le había perdido uno, cuando me cayó naranja en la cabeza. Levanté la vista y... ¡Oh!, ¡qué sorpresa! El duende número cien me miraba desde una de las ramas del naranjo.

¡No puede ser!, me dije. Los duendes de yeso no trepan a los árboles. ¡Qué más!, los duendes de yeso ni siquiera caminan, no tienen vida.

Ya sé, pensé, seguramente la abuela aprovechó cuando estaba contando otra vez, para subir el duende al árbol sin que la viera.

Pero... el duende estaba en una rama del árbol demasiado alta como para que la abuela hubiera subido. No había ninguna escalera a la vista.

Como fuera, comencé a preparar para alcanzar al duende. Estaba a punto de agarrarlo, cuando la abuela me vio.

—¡NO LO TOQUES! —me gritó—. Los duendes no deben moverse. Trae mala suerte correrlos del lugar en que están.

Aparte del julepe que me agarré con el grito de mi abuela, por las dudas no lo toqué.

—Él bajará cuando sea de noche —dijo, acercándose con un vaso de jugo en la mano—. Los duendes cobran vida por las noches, ¿sabés? Cuando la gente duerme y nadie los puede ver, a esa hora. Ellos me ayudan a mantener el jardín y cuidar de las plantas —la abuela miró al duende que llevaba una carretilla, y le acarició la cabeza

—. ¿No es cierto, Pedrito?

—¿Abuela, como sabés que se llama Pedrito?

—Porque ese es su nombre, todos tienen un nombre. Yo misma los escribí en la base de cada uno.

Efectivamente, fui mirando los nombres de todos: Josecito, Pablito, Marcelito, Santiaguito, y todos los “ito” que uno pueda imaginarse hasta llegar a cien. Según la abuela, los nombres de duendes tenían que ser en diminutivo. Si no, no funciona la magia.

—¿Y el que está en el árbol cómo se llama? —le pregunté mientras tomaba un poco de jugo.

—¡Ah! Ese es Juancito, el más travieso de todos —dijo la abuela—, siempre aparece por cualquier lado. Un día lo encontré adentro del gallinero, parecía que charlaba con el gallo Claudio.

—¿Y estás segura de que hacen magia?

—Pues, claro! —me dijo como ofendida, como si yo no le creyera—. ¿Acaso alguna vez me viste arreglar el jardín? Mirá los pensamientos que crecieron en verano. ¿Y las mandarinas? Decime dónde viste una planta llena de mandarinas en enero.

La abuela me dejó con el vaso de jugo, y se fue para la cocina.

—Voy a preparar un guiso para esta noche —dijo por el camino.

Yo me senté, con la espalda apoyada en el naranjo, y me puse a leer un *Patoruzú*. Juancito me espiaba desde arriba. Miré a los demás duendes, y me dije... ¿Así que tenemos que estar dormidos? Ya veremos esta noche.

Esa noche, esperé a que todos se quedasen bien dormidos. Y, en mi cama, yo fingía tapado hasta la cabeza, esperando el momento preciso. Tenía a mano, debajo de las sábanas, la vieja linterna del abuelo. Cuando creí que era el momento oportuno, me deslicé suavemente tratando de no hacer ruido.

Caminé muy despacio en medias, con las zapatillas en la mano, por el parquet del dormitorio, pasé por la cocina y salí a la galería.

Me senté en el sillón hamaca de mimbre, donde la abuela suele tejer y mirar cómo jugamos con mis primos. Aproveché una manta que había dejado la abuela: estaba fresquita la noche.

Apunté con la linterna hacia el jardín. Todos los duendes en su lugar. Fui repasando uno por uno: Pedrito, Marito, Menganito y Fulanito, todos en su sitio. Hasta Juancito seguía colgado en la rama del árbol.

Cada tanto apagaba la linterna, esperaba un ratito, y la encendida de golpe. Los quería agarrar por sorpresa. Pero, nada: los enanos no se movían ni un centímetro.

En un momento pensé que la abuela me estaba cachando, y debía de estar matándose de risa en la cama. Así y todo, yo, firme como un soldado, seguía vigilando. Encendía y apagaba cada tanto la linterna. La encendía, la apagaba, la encendía, la apagaba, la encendía... Y me dormí con la linterna en la mano.

Me despertaron unas risas de chicos jugando en el jardín. Corrían por el parque, se reían. Yo no podía ver nada. Solo advertía que se movían algunas plantas, nada más.

Busqué la linterna. Pensé que se me había caído. Y en ese momento me di cuenta que me faltaba. La abuela me mata, me dije. Era una reliquia del abuelo.

La busqué por toda la galería, sin éxito.

Estaba por amanecer.

Ya tenía mucho sueño, y enfilé para la cama. Además, en cualquier momento iba a cantar Claudio. Y la abuela me descubriría.

Al otro día, me levanté muy tarde. La abuela ya preparaba el almuerzo: guiso de arroz con pollo.

Pasé derecho por la cocina sin saludar, y me senté en la galería, nuevamente en el sillón de la abuela.

Miré con bronca a todos los duendes del jardín. En un salto me puse de pie. ¡No lo podía creer! ¡Todos los duendes habían cambiado de lugar! No solamente cambiaron las posiciones, sino que también intercambiaron los roles. El que era jardinero ahora era carpintero, el que llevaba la carretilla ahora hacía de pasajero del trencito. Todos intercambiaron roles y posiciones en el parque, hasta de ropa se cambiaron.

Juancito ya no colgaba del árbol. Lo busqué entre todos los duendes. Nada. Como la abuela me había dicho que Juancito se la pasaba haciendo travesuras, lo busqué arriba de los árboles, por las plantas y hasta en el gallinero. Miré hacia todos lados. Y por fin descubrí la punta del gorro rojo entreverado con las cañas que hacían de medianera con lo de doña Eulogia. Fui hasta las cañas y lo vi: ¡Juancito tenía la linterna del abuelo en la mano! Ahora la linterna era de yeso, lo que complicaba mucho más las cosas para mí. Me llamó la atención que Juancito dirigiera la linterna hacia la casa de al lado.

Aparté unas cañas para mirar, y ahí estaban los duendes de doña Eulogia. ¡Tenía tantos o más que la abuela!

Pero el jardín de la vecina era un desastre. Lejos de que los duendes lo cuidasen, parecía un potrero.

Había algo en esos duendes que no me gustaba.

Los miré un buen rato, hasta que me di cuenta: todos tenían cara diabólica. Y miraban hacia la casa de la abuela.

Dejé a Juancito donde lo encontré: la abuela había dicho que los duendes no debían moverse de donde estaban.

Fui a la cocina, y le pedí a la abuela que me explicara un poco más sobre la vida de los duendes.

—Los duendes, como te conté antes —dijo ella, sin apartar la vista del guiso que revolvía—, cobran vida y salen a divertirse de noche, mientras todo el mundo duerme. Cuando amanece vuelven a convertirse en figuras de yeso, y se quedan así: congelados en el lugar y en la posición en que los encuentre el primer rayo de luz —la abuela apartó la mirada de la cacerola y me dijo—: Si alguien los mueve y los

coloca en otro lugar, cuando vuelven a cobrar vida la próxima noche se desorientan. Algunos llegan a enojarse mucho, muchísimo. Se transforman en seres diabólicos, y destruyen todo lo que encuentran a su paso. Algunos suelen librar batallas con otros duendes de jardines vecinos.

—¿Y si solamente los toco? —le pregunté.

—En ese caso, no pasa nada. No pasa nada si los dejás en el lugar exacto, como estaban. Los duendes también saben si la persona que los toca es buena o mala gente —concluyó la abuela.

Esa noche me fui a dormir temprano, la vigilia de la noche anterior me había dejado abatido.

Por la mañana me despertaron los angustiados gritos de la abuela.

Al bajar de la cama, tropecé con uno de los duendes que me miraba. Apuntaba con el brazo extendido hacia la cocina, donde otro duende apuntaba en dirección a la galería.

Yo seguí sus indicaciones en pijama y pantuflas.

En la galería, otro duende apuntaba con el brazo hacia el jardín.

El jardín no parecía el de la abuela: estaba totalmente destrozado.

Por eso la abuela no paraba de gritar y de insultar a los cuatro vientos. Y todos, pero todos los demás duendes, señalaban con sus brazos hacia las cañas, a lo de doña Eulogia.

Crucé el parque. Ahora un verdadero campo de batalla, minado de flores y plantas rotas por todos lados. Había frutas desparramadas por el césped, o lo que quedaba de él. Pasé por entre medio de los duendes, y los miré: algunos tenían caras de asustados; otros, de angustia, varios lloraban o habían llorado. Entre las cañas encontré a Juancito en el suelo, con un brazo partido. Su cara denotaba sufrimiento, lo que me puso mal.

La abuela no paraba de insultar y llorar.

—No te preocupes, abue —le dije—. Yo voy a solucionar y arreglar todo.

—Gracias, Huguito. Mejor me voy a la cocina un rato.

Y me dejó solo, en medio de ese campo de batalla.

Espié hacia la casa de doña Eulogia: sus duendes miraban para este lado. En especial uno grandote que parecía el líder. No me gustaron para nada sus ojos, y mucho menos la forma en que mostraba los dientes.

Se me ocurrió un plan, que inmediatamente puse en marcha. Con un pedazo de caña marqué el contorno de la figura de Juancito, y me lo llevé para el galpón de la abuela. Lo coloqué sobre la mesa de trabajo, y me puse manos a la obra.

Por suerte, en el galpón había todo tipo de herramientas y materiales para el mantenimiento de la casa. Todo lo que necesitaba.

Limpie con mucho cuidado las partes rotas de Juancito, y las uní con pegamento. Lo dejé a un costado para que se seca, y me puse a trabajar con el yeso que encontré en una bolsa.

Después, pasé toda la tarde fabricando y modelando escudos y armas para los

duendes de la abuela.

Antes de que anocheciera, Juancito había quedado como nuevo.

Lo dejé en el lugar donde lo había encontrado herido, en la posición marcada previamente.

Luego fui dejando un escudo y un arma al lado de cada uno de *mis* duendes.

Miré hacia lo de doña Eulogia. Vi al duende con cara de demonio, vestido de azul y rojo. Seguro que ese es el que quebró a Juancito, pensé.

—Ya vas a ver la que te espera —le dije, convencido de que aquel enano me estaba escuchando.

Esa noche no pégue un ojo. Me la pasé dando vueltas de un lado al otro en la cama. Pensaba en Juancito y sus amigos, en lo que podía pasar. Pero si no me dormía, no iba a pasar nada, así que traté de pensar en otra cosa. Y me costó pero, finalmente, me quedé profundamente dormido.

Igual que la mañana anterior, los gritos de la abuela volvieron a despertarme. Pensé en lo peor, y salí corriendo hacia afuera.

Ahí estaba la abuela, gritando, pero de alegría. El jardín, más reluciente que nunca, desbordaba de flores y plantas. Las más bellas y floridas del barrio. El pasto era una alfombra verde, y los frutales se agachaban cargados hasta la última rama.

—¡Es un milagro! —gritaba la abuela—. ¡Un milagro de mis duendes!

Se puso a recoger frutas en una canasta, mientras yo recorría el parque. Todos los duendes sonreían felices.

Me acerqué al cañaveral para ver el jardín de doña Eulogia. Ahí, ella juntaba los restos de sus duendes, y lo apilaba en una colorida pero horrenda montaña de yeso.

Disfruté la victoria mis valientes muchachos.

Pero la alegría no era completa: no podía encontrar a Juancito. Lo busqué por todas partes.

De repente un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y salí disparado para el cañaveral. Desesperado y con mucha angustia, miraba la montaña de yeso en el jardín vecino. Trataba de reconocer un pie, un brazo, una mano, el gorro rojo, cualquier cosa que me indicara que Juancito formaba parte de esa horrible montaña de duendes mutilados.

—¿Buscas algo, nene? —me dijo doña Eulogia, con voz fría. Apenas levantó la cabeza para mirarme de reojo.

—No —le dije tratando de reconocer algo entre los escombros—. Solo... solo miraba.

—Parece que hubo una batalla campal —dijo mientras juntaba los restos con una pala—. Estoy convencida de que fueron los perros de don Anselmo. Anoche los escuché ladrar, entre otros extraños ruidos que provenían del jardín. ¡Aaah, pero ya fui y le canté las cuarenta al viejo ese! El muy caradura me insistió en que sus perros no salieron de la casa en toda la noche. ¡Justo me va querer engañar a mí! Le dije que si no venía a llevarse los escombros y arreglarme el jardín, lo iba a denunciar a la perrera municipal. ¡Je, tendrías que haber visto la cara que puso el viejo! Ahora, en

un rato, viene con la carretilla.

En un momento doña Eulogia sacó la pala de aquella montaña de yeso sin forma, y lo vi.

—¡Alto! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Ese es Juancito, mi Juancito!

De un salto pasé al otro lado, y corrí como loco hasta los escombros. Al sacar la pala, doña Eulogia dejó al descubierto el brazo de Juancito, que aún tenía agarrada firmemente la linterna del abuelo.

—¿Quién es Juancito? —preguntó la vieja, apoyando un pie sobre la pala.

—¡Este! —dije tratando de sacarlo de entre la montaña de escombros.

Y me quedé con el brazo mutilado de Juancito en la mano. Se lo mostré a la vieja.

—¡Ajaja! —se reía con ganas, señalando el bracito en mi mano—. Parece que te falta el resto. ¿Y cómo vino a parar acá?

—No sé, habrán sido los perros —dije para zafar de la situación.

El asunto es que, enseguida, me puse a buscar las demás partes de Juancito.

—Dejá eso —graznó la vieja—. Mirá que en un rato viene don Anselmo.

—¡Por favor! —le supliqué—. ¡Déjeme buscar a mi duende! Yo mismo saco los escombros y le arreglo el jardín.

—Está bien, como quieras. Pero rápido, antes que te agarre la noche. Si no, decile al brazo que te alumbe con la linterna. ¡Ajajaja! —seguía riéndose, mientras entraba a la casa.

No perdí más tiempo. Me puse a trabajar con la pala. Tuve que revolver bastante. Pero, de a una, fueron apareciendo las partes. Por suerte, el cuerpo estaba en buen estado, tenía la cabeza y una pierna pegada. Solo faltaba encontrar la pierna restante y el otro brazo. Luego de un buen rato escarbando, por fin completé a Juancito. Lo llevé para el galpón.

Si lo arreglé una vez, me dije. ¿Por qué no voy a poder arreglarlo una vez más?

Hice un gran trabajo de reconstrucción: Juancito quedó impecable, como nuevo.

Lo dejé en el cañaveral, donde lo había encontrado la noche anterior.

En el jardín de doña Eulogia, miré la montaña de duendes mutilados. Mañana tendré que juntarlos en bolsas para que se lo lleven los de la basura, me dije. Pero me dio pena la carita de uno, que parecía pedir ayuda.

El sol todavía duraría un rato. Tengo tiempo, pensé.

Separé uno por uno cada duende de esa montaña de yeso sin forma. Me llevó un par de horas. Pero, como si fuera un gran rompecabezas, logré juntar las partes de todos ellos.

Fui y vine al galpón de mi abuela. Trayendo pedazos, llevando duendes enteros. Los iba dejando en el jardín de doña Eulogia.

Cuando terminé, contemplé mi obra maestra. Acaricié la cabeza de Juancito y le dije:

—Hazte cargo, creo que aprendieron la lección.

Ya era tarde, el sol caía por mi izquierda, y la luna se levantaba por mi derecha.

Esa noche me fui a dormir temprano y muy cansado.

Al otro día, amanecí radiante. Qué bueno no despertar con los gritos de la abuela, me dije.

Y... ¡oh, sorpresa! La linterna del abuelo estaba a mi lado, sobre la mesita de luz.

Sin cambiarme ni calzarme, corrí al jardín: los duendes, más alegres y relucientes que nunca.

Y, más allá, en la medianera, la abuela charlaba con doña Eulogia, que me vio y le gritó a la abuela:

—¡Ahí se levantó nuestro héroe! —Y me saludó con la mano.

La abuela me llamó, y salí al jardín, que enseguida me humedeció las medias.

Fui saludando a mis duendes y, cuando llegué a con la abuela y la vecina, no lo pude creer: ¡El jardín de doña Eulogia relucía impecable! Las flores, las plantas, el pasto bien arreglado.

¡Y los duendes! Duendes felices. Era algo increíble y mágico de ver. Juancito, en el medio del jardín, parecía dirigir una obra.

—Te mereces un premio —dijo la vecina, y me dio unos billetes.

Le di las gracias y acepté la propina.

Para reponer los materiales, me dije.

¡Y les juro, no les miento: Juancito me guiñó un ojo!

Aquel verano en Carhué hice tanto dinero, que me compré una bici nueva. En la puerta de calle de la abuela colgué un cartel que decía:

ARREGLO DE PARQUES Y JARDINES
PERSONAL ESPECIALIZADO
TRABAJAMOS ÚNICAMENTE POR LAS NOCHES.



UNA NOCHE MÁS QUE BUENA

Una noche más que buena

En Carhué, los chicos teníamos una forma muy particular de pedirle los regalos a Papá Noel. Le escribíamos una carta dirigida al polo Norte, la introducíamos en una botella que tapábamos con un corcho, y luego la arrojábamos al lago Epecuén.

Era un acontecimiento popular que se celebraba todos los veintitrés de diciembre. Una vieja costumbre del pueblo, una cita obligada de cientos y cientos de chicos que bajaban a la laguna desde todos los barrios.

Un espectáculo único, que se repetía año tras año, el mismo día a la misma hora. A las doce en punto, veinticuatro horas antes de la noche más esperada, una lluvia de botellas caía sobre el lago. Era un momento mágico, emotivo, inigualable.

En cada una de esas botellas, arrojadas al agua, viajaban la ilusión y los deseos de cada niño.

Era un gran acontecimiento, y también un gran negocio. En los negocios se vendían botellas especiales para la “gran noche”. Había de todos los colores y de todas las formas. Decoradas con motivos navideños. Adentro, traían de regalo el papel especial para escribir la carta.

Aún recuerdo cada una de las botellas que compré, y cada una de las cartas que escribí. Especialmente la última, lo recuerdo como si fuera ayer. La última botella que arrojé al lago Epecuén era un barquito rojo.

Fue la vez que le pedí la bicicleta a Papá Noel.

Todos mis primos tenían bicicleta, menos yo. Con ellos veníamos juntando moneda tras moneda en nuestras alcancías para comprarla. Y ya habíamos superado la suma que necesitábamos. Pero como estaban tan cerca las fiestas, decidimos pedírsela a Papá Noel, y utilizar nuestros ahorros para comprar una Pelopincho, y completar la diversión en el jardín de la abuela.

Sonia y yo fuimos a comprar nuestras botellas. Yo elegí una de color roja con forma de barquito, y ella una multicolor.

Volvimos a la casa de la abuela, y me senté debajo del naranjo a escribir la carta. Se trataba de una carta muy importante, tenía que ser especial. Nada de escribirla con un lápiz cualquiera, quería redactarla —como decía mi maestra— con tinta. Cristina me prestó la lapicera.

—Cuidado con la pluma —me dijo—, es una 303.

Le mandé un cartucho nuevo y escribí.

La tía Carmen y la abuela daban vueltas alrededor del naranjo.

—¿No te parece mejor pedir la pelota de fútbol, Huguito? —preguntó la tía.

—Me dijeron que el próximo año vienen unos modelos nuevos de bicicleta —trataba de convencerme la abuela—. Mucho más modernas y con cambios.

Evidentemente, el hombre del traje rojo no venía muy gordo esa Navidad.

—¡No, señor! —grité, para dejar bien claro mis deseos—. ¡Voy a pedir la bicicleta este año!

La abuela y la tía se fueron para adentro de la casa hablando en voz muy baja. No alcancé a escuchar lo que decían, pero se las veía preocupadas. Yo no sabía por qué, y no le di importancia. Lo más importante en mi mundo se estaba escribiendo en aquella carta.

Por la noche, con mis primos nos preparamos para el momento mágico. Nos vestimos con nuestras mejores ropas y nos colocamos un gorro navideño cada uno. Y partimos en familia hacia el lago.

Llegamos unos minutos antes de la medianoche. La orilla del lago estaba repleta de chicos.

Corrimos y, a los empujones, nos colocamos en primer lugar.

Quería lanzar la botella lo más lejos posible, que quedara adelante de las demás. Para que fuera la primera en llegar con el mensaje a las manos de Papá Noel.

Llegó el momento, los últimos diez segundos más emocionantes. Todos los chicos al mismo tiempo gritando la cuenta regresiva: ¡diez, nueve, seis, cuatro, uno... cero!

Simplemente, maravilloso.

Una colorida catarata de botellas cayó al lago. Se hundieron formando una extensa y espesa espuma como la rompiente de una ola. Y salieron a flote.

El viento las empujaba hacia el interior de la laguna, todas juntas, como un gigantesco camalote de colores flotando por la fuerza de la sal de nuestro lago. Todas las botellas juntas menos una, que iba dos o tres metros adelante... ¡Mi botella, el barquito rojo!

Nos quedamos un rato largo mirando hasta que la masa de botellas se perdió en el horizonte.

Entonces nos dimos por satisfechos y regresamos a la casa. Todos contentos, menos los adultos de la familia, que seguían con caras de preocupación. Mis primos y yo todavía no entendíamos por qué.

Al otro día, nos levantamos tempranito. No habíamos pegado un ojo en toda la noche. La adrenalina del veinticuatro comenzaba a subir.

Con Sonia corrimos a la cocina para desayunar, y escuchamos que la abuela y la tía Carmen discutían bajito.

Nos quedamos con las orejas pegadas a la puerta. Y...

...entonces...

...lo escuchamos.

Escuchamos lo peor.

De rebote, nos enteramos de la peor noticia que puede escuchar un niño.

Y ahí caímos, entendimos el porqué de tantas caras largas.

Con Sonia, cabizbajos y silenciosos, volvimos sobre nuestros pasos. Y en el dormitorio les tiramos la noticia a los chicos, que les cayó como una bomba.

Era un dolor muy fuerte. Nos habían clavado una estrella navideña en el pecho. Lloramos todos juntos en silencio.

Más tarde reflexionamos sobre el tema, y llegamos a la conclusión de que ya lo

sabíamos. Algo habíamos escuchado al respecto entre los chicos más grandes del barrio.

Nos miramos con mis primos. Y decidimos encarar el asunto con entereza, como verdaderos adultos.

En el jardín, la mesa de Nochebuena parecía salida de un cuento de la abuela. Todos los árboles y la casa estaban adornados con luces navideñas.

El tío Carlos recibió un fuerte y caluroso aplauso por el exquisito asado. Además comimos todo tipo de ensaladas con nombres extraños, arrollados, y escabeches de no sé cuantos bichos que nombraron. Por un momento, pensé que habían invitado a los vecinos. Pero, no: era todo para nosotros nomás.

Mi otro tío, Héctor, comenzó los preparativos para la fiesta de fuegos artificiales, igual que cada año. Era el experto de la familia en el tema.

La sirena de los bomberos nos anunció la llegada del niño Jesús. Las copas de sidra chocaban en el aire, dejando caer la espuma en cada brindis. El tío Héctor corrió a encender las cañitas voladoras y todo el arsenal que tenía preparado.

El cielo de Carhué se iluminó con luces de todos colores. Y nosotros, mis primos y yo, corrímos a la casa en busca de nuestros regalos.

Cristina arrancó literalmente el envoltorio del suyo, para quedar con una flamante guitarra de concierto entre sus manos —pensar que, años después, ella se convertiría en profesora de guitarra.

Carlitos se ataba los cordones de los botines Fulbense, que le regalaron junto al equipo completo de Boca Juniors.

A Sonia no le alcanzaban las manos para armar el juego de cocina de sus sueños.

Mis primos salieron disparados hacia el patio con sus regalos.

Y yo...

Yo me aferré como loco a mi bicicleta, dando las gracias a Papá Noel, ante las miradas atónitas de los mayores.

Tías, tíos y la abuela se miraban unos a otros buscando explicaciones. Y, entre mudas señas, no encontraron respuesta.

De pronto una risa: Jojojo. Y un tintineo, un ruido de campanillas, hizo que los mayores salieran corriendo hacia la calle, y luego hacia la esquina por donde se perdía la risa y el tintineo de las campanillas.

Regresaron sin encontrar explicación alguna, señalándose entre ellos, como preguntándose quién lo había hecho.

Callaron al vernos felices jugando en el patio de la abuela, y a mí sonriente dando vueltas y vueltas con mi flamante bicicleta.

Nosotros jugamos hasta la madrugada. Y ellos siguieron con el misterio, preguntándose entre copas y pan dulce.

Al día siguiente, por la tarde, con mis primos emprendimos un viaje hacia la laguna. Cada cual con su bicicleta. Fuimos recorriendo la costa contando las botellas

que aún flotaban en la orilla.

De pronto divisé un punto rojo a lo lejos en el agua, y detuvimos la marcha.

Era *mi* botella, *mi* barquito rojo.

Montados en nuestras bicicletas, nos quedamos frente a la laguna contemplando el paisaje.

Años atrás, nos poníamos muy tristes al ver aquellas botellas que no llegaron a destino. Pensábamos en los chicos que se habían quedado sin regalo porque sus cartas nunca salieron de la laguna. Pero, en ese momento, observando al barquito rojo flotando a lo lejos, supimos que no era así.

Nos miramos y comenzamos con pequeñas risas, que luego se transformaron en carcajadas.

Jamás abrimos la boca. Nunca se los dijimos a nadie, ni siquiera a la abuela. Pero, seguro que ella lo sabía: habíamos roto nuestras alcancías. Por nada del mundo íbamos a dejar que Papá Noel nos fallara. No aquella vez, que fue la última vez que arrojamos nuestras botellas al lago.

Seguimos riendo haciendo sonar nuestras cómplices campanillas atadas a los manubrios de las cuatro bicicletas.



El Invasor

El invasor

Sospeché de la invasión, cuando la abuela me confundió con Carlitos. Tres veces en un mismo día me confundió.

Al poco tiempo ya se olvidaba de nuestros nombres, y también el nombre de algunas cosas. Y hasta llegó a olvidar para qué servían. Muchas veces, para pedir algo, tenía que señalarlo con el dedo.

Era muy evidente, nos decíamos entre nosostros: se estaban apoderando de la abuela. Poco a poco, la estaban convirtiendo en otra persona. O tal vez —ni queríamos pensarla— en uno de *ellos*.

Lo confirmó el doctor Zavala aquella tarde que acompañamos a la tía Cata al consultorio. ¡Cómo olvidarme de Zavala! Todavía me duele el trasero, de cuando que me aplicó la antitetánica después de pisar una madera con un clavo oxidado. Pero esta vez habíamos ido a verlo por la abuela. Lo escuchamos con mi primo. La puerta estaba entreabierta y oímos parte de la conversación.

—Mire, Cata —dijo el doctor, con una voz que nos preocupó—, el Alzheimer está apoderándose de la abuela.

—¿Y no se puede hacer nada, doctor? —a la tía se le trababan las palabras.

Carlitos y yo nos miramos y no dijimos ni mu.

—Lamentablemente, es muy poco lo que se puede hacer —seguía el doctor—. El mundo entero está en pie de guerra contra este enemigo invisible...

—¿Invisible? —dijo Carlitos en una mimética.

¡Teníamos razón, la estaban invadiendo!

—...y contamos con escasas armas para ayudar a los abuelos —terminó Zavala.

Con Carlitos volvimos a mirarnos. ¡No lo podíamos creer!

—¿Escuchaste? El Alzheimer... ¡Un extraterrestre quiere apoderarse de nuestra abuela!

—Debemos impedirlo —dijo Carlitos—, hay que actuar de inmediato.

—El tipo es astuto —dije yo—. No podemos verlo, es invisible y actúa de manera silenciosa.

—El doctor Zabala dijo que le va borrando la memoria poco a poco. Y, sin que ella se dé cuenta, se va apoderando de todos sus recuerdos —dijo mi primo, con la carita muy triste—. Imaginate... ¿todos los recuerdos de la abue?

No bien llegamos a casa de la abuela, nos pusimos en campaña: convocamos a una junta de emergencia con todos los primos para la tarde. En un voto unánime, decidimos declarale la guerra al invasor.

A Cristina se le ocurrió una idea genial. Había leído un artículo sobre cómo estimular la memoria.

Y pensamos que capaz que eso hacía que los extraterrestres no pudieran invadirla.

—En la Selecciones del Reader's Digest —explicó—, esa revista que la abuela colecciona desde hace tantos años.

Fuimos al galpón, en busca del viejo baúl. Lo encontramos repleto de aquellas revistas.

Nos pasamos toda la tarde buscando el número que contenía el famoso artículo.

—Esta revista es una maravilla —dijo Sonia, pasando de un número al otro—, tiene consejos increíbles. Desde cómo adelgazar 15 kilos en una semana comiendo solamente zanahorias ralladas, hasta cómo hacerse millonario en un año jugando a la quiniela con una tabla matemática que inventaron los incas.

Verdaderamente, la abuela tenía un tesoro guardado en aquel baúl.

Quisimos sacar el viejo arcón al patio trasero, pero no pudimos moverlo.

—El abuelo sí que sabía construir cosas buenas —dijo Carlitos—. Este baúl pesa una tonelada.

—Y claro —dije—, si lo hizo con los durmientes que le regalaron los del ferrocarril.

—A mi encanta el tapizado —dijo Cris—, parece cuero de vaca de verdad.

Hicimos un par de viajes cargando las revistas hasta vaciar el enorme baúl.

Nos pasamos el resto de la tarde leyendo, cada uno debajo de un árbol. Entretenidos, leímos hasta casi quedarnos sin luz natural.

—¡Acá está! —gritó Cristina, blandiéndo una de las revistas con el brazo en alto.

Cuando los demás nos acercamos, quedamos sorprendidos con la premonitoria tapa de la vieja revista. En letras grandes decía:

20 CONSEJOS PARA AGILIZAR LA MEMORIA

—Y miren el título de más abajo —dije:

UN CUENTO DE INVASIÓN EXTRATERRESTRE, POR RAY BRADBURY

Enseguida pusimos en práctica los ejercicios para mejorar la memoria de la abuela. Más tarde leeríamos el cuento de ese Ray, que también podría servirnos.

Ejercicio numero 1: Use el reloj de pulsera en el brazo contrario al que lo usa siempre.

—La abuela nunca usó reloj —Carlitos marcó el detalle.

—La tía Cata tiene uno que ya no usa —dijo Sonia—. Lo guarda en la mesita de luz.

—Vamos por él —dije yo.

—¿Pero ustedes creen que un reloj ayudará a recuperar la memoria? —dijo Cristina.

Todos nos encogimos de hombros.

—Con probar, no perdemos nada, Cris —dije yo—. Cualquier cosa, pasamos al punto dos.

Sonia salió en busca del reloj. Nosotros fuimos a ver qué hacía la abuela.

La encontramos tomando unos mates en la cocina, y escuchando la radionovela de

la tarde.

Una fuente repleta de tortas fritas humeaba en medio de la mesa. Nos zambullimos de cabeza sobre la fuente.

Sonia regresó con el reloj en la mano.

—¡Che, déjenme alguna! —dijo mirando la fuente casi vacía.

—Esaf sof pada vof —dijo Carlitos con la boca llena.

Sonia frunció el ceño y agarró la fuente para ella sola.

La abuela cebó un mate y se lo ofreció a mi prima.

—Acá tenés un mate calentito, Cris —dijo la abuela confundiéndose los nombres una vez más.

Nosotros nos miramos en silencio: el invasor estaba haciendo un trabajo fino.

Sonia disimuló y aceptó el mate con una sonrisa.

—Gracias, abue, tus mates son los más ricos del mundo —dejó la bandeja en la mesa y le dio un sorbo al mate. Luego, sostuvo el reloj en el aire, enseñándoselo a la abuela.

—Mirá, abue, qué te traje de regalo.

—Aaah, qué lindo.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Es hermoso, precioso. Es, es... ¿Qué es?

El Alzheimer era astuto, actuaba rápido.

—Un reloj —dijo Sonia.

—¿Para qué sirve?

—Para saber la hora.

—Y ¿para qué quiero un reloj? En la radio dicen la hora a cada rato.

—Pero con el reloj, podes saber la hora minuto a minuto.

—¡Ah! Me vine bien para los tiempos de cocción de las comidas. ¿Y cómo se usa?

—Yo te enseño, abue —dijo Cris— ¿Ves? La aguja chiquita te marca la hora, y la aguja más grande te marca los minutos.

—¡Aaah! ¿Y la flaquita que va como loca, qué marca?

—Esa marca los segundos, abue —dijo Cris con una sonrisa—. Pero no le des bolilla, esa no se usa mucho que digamos.

—Entonces habría que sacarla —dijo la abuela mientras corría a la aguja con los ojos— me está mareando. ¡Cómo corre esa loca!

Nos reímos todos. Después, Sonia le colocó el reloj.

—¿En qué brazo? —preguntó—. El ejercicio dice en el que nunca usa, pero la abue jamás usó reloj.

—Y, si hubiese usado sería en el izquierdo —dijo Carlitos—. Ponéselo en el derecho.

—Buena idea —dijo Sonia.

La abuela quedó chocha con su reloj pulsera.

—¿Y abue? ¿Te gusta? —dije, esperando alguna respuesta que diera un indicio positivo en la memoria de la abuela.

—¡Me encanta! —dijo, mirando su propio reflejo en el vidrio del aparador de la

cocina.

Quedamos expectantes, calladitos.

Paseábamos nuestras miradas de unos a otros. Algo tenía que pasar, pero no sabíamos qué. El Alzheimer podría estar agazapado, esperando el momento propicio para atacar.

—¿Y, abue? —dijo Cris.

—¿Qué?

—No, nada... ¿Qué hora es?

La abuela levantó orgullosa el brazo derecho, y miró su flamante reloj pulsera.

—¡Las 6:23! —dijo con la voz firme.

Nos miramos.

Nada.

—Las 6:23 con diez segundos... Las 6:23 con veinte segundos... Las 6:23 con treinta segundos...

Parada en medio de la cocina, no paró de recitar. Parecía la hora oficial salida del teléfono. No hubo forma de detenerla, ni manera alguna de sacarle el reloj de la muñeca. Tuvimos que aguantarla toda la noche y parte de la madrugada.

—Las 2:59 con cuarenta segundos... Las 2:59 con cincuenta segundos... Las tres de la mañana. Pip, pip... Piiip.

Insopportable. Hasta que, a las 3:47 con veinte segundos, por fin se durmió y pudimos sacarle el bendito reloj pulsera; y dormir de una vez por todas.

Nos levantamos cerca del mediodía, con los ojos rojos de sueño. El ejercicio número uno había resultado un total fracaso. Estábamos convencidos de que el invasor se burlaba de nosotros. No debíamos esperar más, teníamos que poner en marcha el ejercicio número dos de manera inmediata.

En la cocina, la abuela picaba una cebolla sobre la mesada. Ni rastros del reloj en su memoria. Cris le preguntó la hora.

—La radio recién dijo que falta diez para las doce. ¡Cómo durmieron ustedes! ¿Se quedaron hasta tarde contando cuentos?

Ejercicio número 2: pruebe a jugar algún juego o actividad que nunca antes haya practicado.

—¡Ya sé! —dijo Cris—. Juguemos al Estanciero, la abuela nunca lo jugó con nosotros.

—¡Dale! —le dije—. Hace rato que está juntando polvo arriba del ropero.

Después del almuerzo, limpiamos la mesa y armamos el tablero del Estanciero.

Carlitos le explicó cómo se jugaba y cuál era el fin.

—Tenés que quedarte con todas las tierras y la plata, abue.

La abuela estudió el tablero.

—Bueno —dijo mirando los billetes de mentirita—, esto es más o menos como administrar una casa.

La miré de reojo, y repartí las fichas y el dinero del juego.

El asunto fue que, en menos de media hora de juego, la abuela —en complicidad inconsciente con el Alzhéimer, seguramente— ya era dueña de media Patagonia, la provincia de Buenos Aires y parte del Noroeste argentino. Nos estaba dejando sin tierras y sin un mísero peso.

—¡El invasor se reía de nosotros en nuestra propia cara!

Carlitos, en un rapto de locura —imposible aguantarlo cuando perdía a algo— revoleó el tablero por los aires, junto con las fichas y todos los billetes.

—¡Ganéé! —gritó la abuela con los brazos en alto—. Voy a festejar con una copita.

Fue hasta el aparador y trajo la botella de café al coñac.

Ejercicio número 3: vístase con los ojos cerrados.

—¡Ni en pedo! —dijo Carlitos.

Ejercicio número 4: estimule el paladar probando comidas diferentes.

—¡Buenísimo! —dijo Sonia—. Busquemos recetas de otros países.

—La abuela tiene varios libros de cocina —dije yo—. Veamos qué hay.

Nos pusimos manos a la obra. Juntamos ingredientes de aquí y de allá. Con el delantal de la abuela, yo parecía todo un chef.

Luego de un par de horas, sentamos a la abuela a la mesa, le vendamos los ojos y le hicimos probar nuestros exóticos manjares.

—¿Qué te parece, abue? —le dije dándole un bocado de sushi.

—¡Una porquería! —dijo escupiendo el pescado crudo—. Prefiero un guiso de mondongo.

—¿Y esto? —le dije metiendo un tenedor con chop suey en su boca.

—¡Una asquerosidad! ¿Me estás dando de comer pasto?

—La última, abue. —Y probó la feijoada brasilera.

—¿Me quieren envenenar? —dijo.

Evidentemente, el alien hablaba por ella.

—¡Basta! —dijo Carlitos enfurecido una vez más—. Me cansé. Y enfiló para el fondo.

Hizo una montaña con las revistas y las prendió fuego en medio del patio. Las llamas casi tocaban las copas de los árboles, y pronto todo se redujo a cenizas. Pequeñas chispas encendidas flotaban y se consumían en el aire; como los recuerdos en la memoria de la abuela.

Convocamos a una nueva junta de emergencia en el dormitorio.

Tiramos ideas disparatadas toda la tarde, desde usar un shock eléctrico para borrar la memoria de la abuela y enseñarle todo de nuevo, hasta abrirle la cabeza en una operación secreta y sacarle al Alzhéimer de adentro.

Mi cabeza parecía que iba a estallar en cualquier momento, me fui a la heladera por un poco de agua fresca, y encontré una nota en la puerta que decía: “Jueves, turno

con el doctor Zavala".

—¡Eso es!, me dije. Y salí corriendo para la habitación.

—¡Ya lo tengo! —dije exaltado al abrir la puerta.

—¿Qué? —gritó Carlitos

—Ya tengo la manera de combatir al Alzheimer. Vamos a impedir que le borre la memoria a la abuela.

—¿Y cuál es el arma?

—Lápiz y papel.

—Jajaja ¿Y vos creés que vamos a enfrentar a un extraterrestre que ni siquiera podemos ver con un lápiz y un papel? Me parece que a vos te falla la cabeza más que a la abuela.

—¡Tenemos que hacer carteles! —expliqué—. Un cartel que tenga el nombre de cada cosa de la casa, así la abuela no podrá olvidarlas.

—¡Qué gran idea! —dijo Carlitos.

Soña saltó de la silla:

—¡Es la mejor idea que escuché en varios años!

—¡Por fin usaste la cabeza, primo! —dijo Cristina.

Enseguida nos pusimos a escribir los carteles. Millones de carteles. Chiquitos, medianos, grandes y extra grandes, según lo que teníamos que nombrar.

La casa de la abuela quedó adornada con carteles por todos lados. Cada cosa tenía un cartel con su nombre: cocina, sartén, pava, espejo, baño, dormitorio, silla, mesa, radio, televisión, chimenea, etc. Hasta nosotros nos colocamos un cartel, cada uno con su nombre.

La batalla había comenzado. Y cuando vimos lo bien que funcionaba, nos dijimos que el alzhéimer seguramente se habría sorprendido con nuestra estrategia. La abuela llamaba a cada cosa por su nombre.

Pero el tipo era rápido y astuto. En pocos días, la abuela leía los carteles, pero no sabía para qué servían las cosas. Así que tuvimos que hacer carteles más grandes, con una breve descripción de uso.

No podíamos verlo ni sabíamos que aspecto tenía, pero nos imaginábamos la cara de bronca que tendría esa cosa.

—¿Cómo será?

—Horrible, Sonia —contesté yo—. ¿Cómo querés que sea? Un ser horrible y sin sentimientos como para hacerle esto a la abuela.

Entonces, a Carlitos se le ocurrió dibujarlo en una pared.

Dibujó el extraterrestre más horrible y despiadado que jamás se haya visto. Era solamente un dibujo, pero se nos erizaba la piel cada vez que lo mirábamos al pasar por la pared del galpón del fondo. Carlitos dibujaba como los dioses, el monstruo estaba con las manos a los costados de la cabeza de la abuela: robándole sus recuerdos.

También le colocamos un cartel. Alzheimer, decía en letras grandes.

Cuando creímos que ya ganábamos la batalla, el Alzheimer contraatacó de forma silenciosa y despiadada. Fue por la noche, entró como la fría niebla de invierno que

va cubriendolo todo, como un manto blanco que hace a la noche borrosa. Así entró el Alzheimer en la mente de la abuela. La niebla envolvió su memoria, igual que la sabana que esconde los muebles de una casa deshabitada. La abuela ya no sabía leer.

Los carteles eran inútiles.

La abuela había quedado prisionera del Alzheimer, y no había rescate que valiera.

Nos hicimos a la idea de que todo cambiaría para siempre.

La abuela se perdió en la neblina que cubría su mente.

Pasaron los días, las semanas, los meses, y la abuela parecía otra persona. Ni rastro de quien supo contarnos cuentos todas las noches. Sus ojos habían perdido el brillo y el encanto de su mirada. La vieja y quemada pava de los cuentos ya no chiflaba sobre la leña del hogar. Y todos los personajes que nos acompañaron en nuestra infancia, desaparecieron de las noches de Carhué.

Pero, cuando ya habíamos bajado la guardia, descubrimos que cada tanto el enemigo invisible se apiadaba de nosotros: de vez en cuando otorgaba a la memoria de la abue una salida transitoria.

Y aprovechamos cada uno de esos días, como si fueran el último al lado de nuestra abuela.

Una tarde, nos fuimos a dar una vuelta en bici y pedaleamos hasta el lago. Cuando regresamos, la casa de la abuela estaba vacía. Nos pareció extraño no encontrarla sentada en la cocina. Pero enseguida escuchamos a alguien conversando en el fondo. O, mejor dicho, una mujer que hablaba sola, la abuela.

Fuimos a ver.

Charlaba con el Alzheimer —con el dibujo en la pared—, mientras tomaba unos mates sentada junto al galpón.

—Deje que le cuente, mi amigo —le decía tras darle un sorbo a la bombilla—. Usted me recuerda a alguien, pero en este momento me falla la memoria ¿sabe? Usted me gusta, sabe prestar la oreja para escuchar a esta anciana.

A la abuela le había caído bien el bicho ese.

—¿Le hablé de mis nietos? Aaah, son lo mejor que me pasó en la vida, ¿sabe? Me gusta levantarme bien tempranito para prepararles el desayuno. A ellos les gusta el mate cocido, salieron bien de campo, vea. Yo les hago pan casero, que les encanta untar con manteca y dulce de leche.

Nosotros la espiábamos en silencio.

—Me gusta verlos corretear por toda la casa. Disfruto cuando se revuelcan en el pasto y manchan sus ropas de verde. O cuando vuelven llenos de barro desde la canchita de fútbol. Algunas madres y abuelas se quejan por eso. Pero, vea, mi amigo, yo les lavo la ropa con gusto, ¿sabe? Esas son manchas de felicidad. Perdón ¿No quiere un amargo? Bueh, no importa. Usté, escuche nomás.

Con los chicos nos sentamos en el borde de la galería, seguíamos calladitos para que no nos descubriera. Siguiendo su relato.

—¿Como se llama, usté? Al-zhei-... No veo bien el cartel, che. Y... desde hace un

tiempo me cuesta leer, se me olvidan las palabras, chamigo. Al-zhei-mer... Alzheimer. Ahora sí, igual están medias borrosas las letras, fíjate vos. Como te decía...

Se quedó callada, y nos asustamos. Pero solo estaba cambiándole la yerba al mate.

—Viene mala la yerba últimamente, pero bien que te la cobran por buena. ¿En qué estábamos? Ah, sí, los chicos. Por las noches viene lo mejor: los cuentos. Les encantan los cuentos. Los míos los transportan a otros mundos, lo veo maravillados, lo veo en el brillo de sus ojos y en la respiración contenida, que luego exhalan con alivio, con sorpresa, con intriga. O muertos de miedo. Contar cuentos es una tradición de familia que heredé del mi abuelo y este del suyo. La tradición se remonta hacia atrás, en cuentos lejanos que viajaban de boca en boca a través del tiempo. El día en que yo dejé este mundo, mi nieto mayor, el Huguito, tomará la posta. Yo lo sé. Tiene pasta de cuentero ¿sabe? A veces me voy a dormir tempranito, y él se queda contándoles cuentos a sus primos. Yo dejo la puerta de la pieza entreabierta, para escucharlo desde mi cama.

Han pasado muchos años de aquella conversación que mantuvo la abuela con el Alzheimer. Hoy vuelvo a reunirme con mis primos en su casa.

Y pensar que unos años más tarde de aquella batalla, la abuela se subió a un micro para ir a visitarnos a Buenos Aires. Ese día, como si el destino hubiera sabido, ella estuvo tan lúcida, que les contó cuentos a todos los chicos del micro.

Ahora vive en su casa la tía Cata, y es la encargada de cuidar nuestro tesoro. Nuestro tesoro, que está en el galpón, sí: en el viejo baúl del abuelo, de donde sacamos las revistas. Ahora están guardados todos los carteles que escribimos en nuestra batalla contra el Alzhéimer. Y, aunque solo son palabras escritas en desteñidas cartulinas de colores, para nosotros son como fotografías. Cada cartel, cada palabra, proyecta una imagen de la casa.

Cerramos los ojos como nos enseñó la vieja vizcacha, y volvemos a recorrerla, igual que cuando éramos niños.

Tal vez yo siga con la tradición de los cuentos —ya tengo mi primer nieto—. También quizás algún día venga a visitarme el Alzheimer. Pero me tiene sin cuidado. Cuando golpee a mi puerta, lo estaré esperando con un mate en la mano. Ese tipo ya es un viejo y querido... enemigo mío.